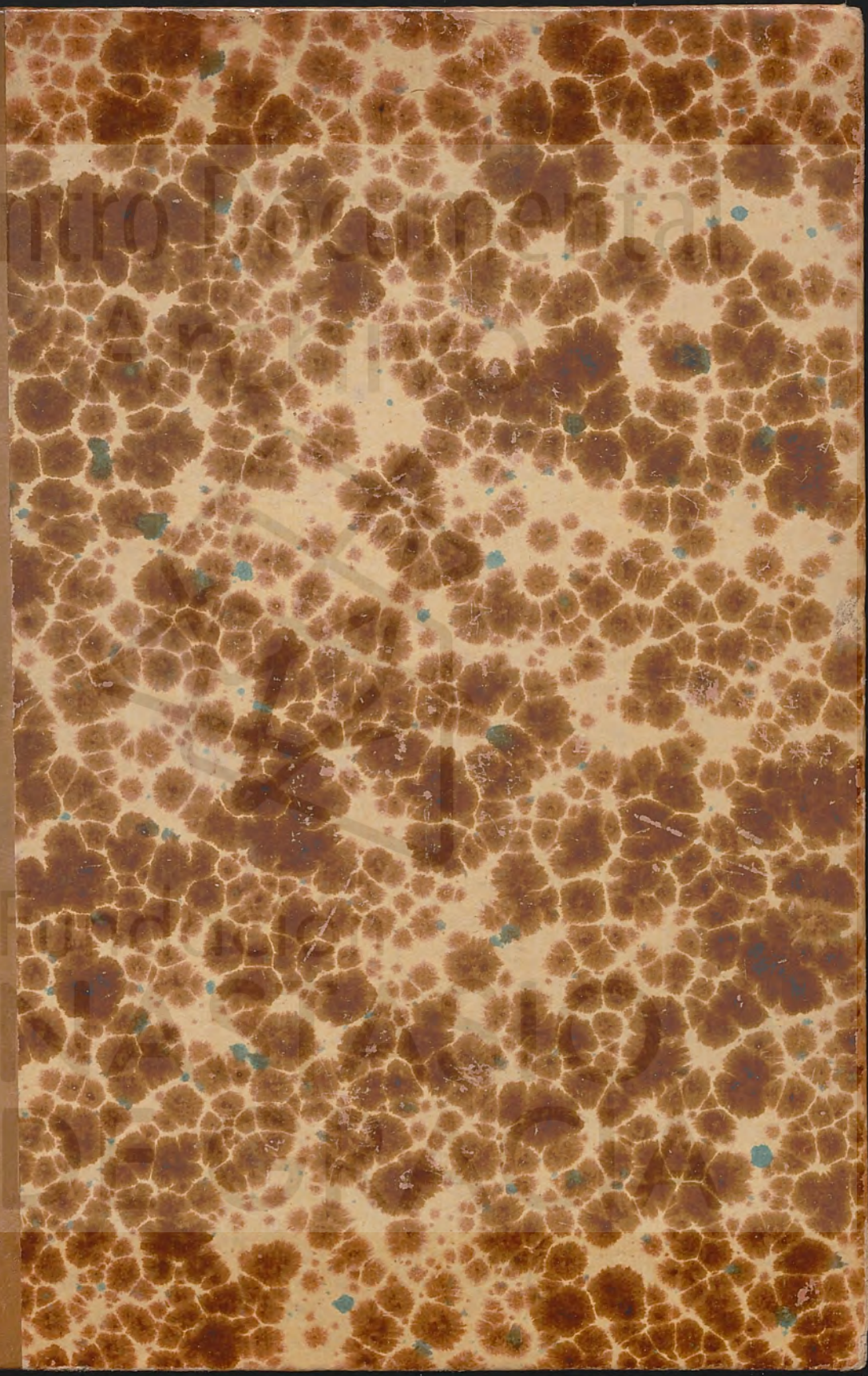


Centro Interamericano

ANUARIO

ANUARIO





PUCHKIN



LA DAMA

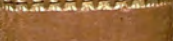
DE PIC



Centro Documental
y Archivo



Fundación
ANASTASIO
DE GRACIA







Centro Documental
Archivo



Fundación
**ANASTASIO
DE GRACIA**

Centro Documental
Archivo



Fundación
**ANASTASIO
DE GRACIA**

Centro Documental
Archivo



Fundación
**ANASTASIO
DE GRACIA**

Centro Documental
Puchkin
Archivo

"La dama de pic"

traducción
de

Valeriano Casanueva

ANASTASIO
DE GRACIA

Toulouse
-1940-

Centro Documental
Archivo



Fundación
**ANASTASIO
DE GRACIA**

Centro Documental
Archivo



Fundación
**ANASTASIO
DE GRACIA**

Centro Documental
Archivo



Fundación
**ANASTASIO
DE GRACIA**

Centro Documental

Archivo

Dedicatoria.

A mi buen amigo y
excelente camarada Luis
Marcans, autor de las
láminas en colores que
analizan este mi trabajo
de traducción.

Fundación
ANASTASIO
DE GRACIA

Paranana

Centro Documental
Archivo



Fundación
**ANASTASIO
DE GRACIA**

dia trama de pic.

. I .

En los dias sombríos
Se reunían
Frecuentemente.

Doblaban sus apuestas
¡que Dios les perdone!
De cincuenta a ciento.

Y ganaban
Y marcaban
Con la tiza

Así en los dias sombríos
Se ocupaban ellos
De negocios

Se jugaba en casa de.

Narumov, oficial de guardias de a caballo. La larga noche de invierno pasa imperceptiblemente. No se empieza a cenar hasta las cinco de la mañana. Los que habian ganado comian con gran apetito; los otros distraidos permanecian ante sus cubiertos. Pero con el champagne, surge la conversacion y todo el mundo toma parte en ella.

¿Que has hecho tí, Zúim?
pregunta el dueño de la casa.

Me perdido como de costumbre. Es necesario reconocer que no tengo suerte. Tengo el hábito de no doblar nunca la postura, de no entusiasmarme, de no desconcertarme jamás, y sin embargo siempre

piendo.

¿Y nunca te has dejado
tentar.?. ¿No has ensayado nun-
ca aprovechar la racha.?. Tu
firmeza me sorprende

¿Y Hermann.?, dijo uno de
los invitados designando a un
joven oficial de Ingenieros. En
su vida ha tocado una carta,
en su vida ha hecho una
puesta; sin embargo se está
con nosotros hasta las cinco
de la mañana y observa nues-
tro juego.

- El juego me interesa mu-
cho, replicó Hermann, pero no
quiero sacrificar lo necesario
por la esperanza de ganar
lo superfluo.

Hermann es alemán; es
hombre de economías, he aquí

todo hizo notar Tomski; pero si hay algo que me sea incomprendible es el caso de mi abuela la condesa Anna Fedorovna.

¿Como? ¿Que? exclamaron los invitados.

- No puedo comprenderlo continuo Tomski, porque mi abuela no apunta nunca.

Pero ¿que hay de asombroso, dijo Narumov, en que una mujer de ochenta años no juegue.?

¿Como! ¿no sabéis nada de su historia.?

¡No, absolutamente nada!

¡Entonces escuchad!. Es necesario que sepáis que hace unos sesenta años, mi abuela fue a Paris donde tuvo

un gran éxito. La seguían para ver a la «Venus mos-covita». Richelieu mismo la hizo la corte, y mi abuela aseguro que él se consumía ante su cruel frialdad. En aquel tiempo, las damas jugaban al «farón». Jugando una vez en la Corte con el duque de Orleans, mi abuela perdió una importante suma. Al volver a su casa, mientras se despegaba los lunares y se destrenzaba los rodetes de pelo, anunció a mi abuelo la pérdida, y le dio orden de pagar. Hay que decir que mi abuelo lo servía en cierto modo de interendente. La temía como

al fuego; esta vez, sin embar-
-go, la noticia de una per-
-dida tan terrible le puso
fuera de si; trajo las cuen-
-tas y demostró que habian
gastado en seis meses casi
medio millon; que no es-
-taban en las cercanias
de Paris, sus posesiones de
Moscu y de Sarator; en
una palabra, rehusó pa-
-gar, de la manera mas
resuelta. Mi obuela le dió
una bofetada, y en señal
de desesperacion se fué a
dormir en habitacion a-
-parte. Al dia siguiente por
la mañana hizo llamar
a su marido esperando
que este castigo habia pro-

¡diciendo el efecto deseado. ¡pero el permomeció inalterable. Por la primera vez en su vida, mi abuela se dignó darle explicaciones; se esforzó en hacerle comprender con dulzura, que hay deudas y deudas, y que existe diferencia entre un príncipe y un cochero. ¡Nada!; mi abuelo se había sublevado. ¡No, y no! Mi abuela no sabía que hacer. Trataba íntimamente a un personaje muy notable.

Ciertamente habréis oído hablar del conde de Saint Germain, o propósito del cual se cuentan tantas maravillas. Sabréis que se

hacia pensar por el juicio errante, por el inventor del elixir de larga vida, de la piedra filosofal etc. Se reían de él como de un charlatan, y Casanova dejó dicho en sus memorias que era un espía.

Saint Germain, a pesar de su aire misterioso, tenía desde luego una espléndida apariencia, y era muy fino en sociedad. Mi abuela le quiere todavía con locura y se enfada si se habla de él sin respeto. Sabía que Saint Germain disponía de grandes sumas, y habiéndose decidido a pedirle recursos, le escribió que fuese a verla inmediatamente. El original

niego le contó encorvándose
sumida en terrible desespe-
-racion. Le pintó con los colo-
-res mas sombríos la barba-
-rie de su marido, y acabó
declarándole que no le
quedaba mas esperanza
que su amistad y su deli-
-cadesa. Sainte Germain
se puso a reflexionar:

« Puedo daros esa suma
dijo, pero se que no desconsa-
-reis hasta que me lo hayais
devuelto, y yo, no queria cau-
-saros tal enojo. Hay otro
medio; el de volver a ganar
lo perdido. »

- Pero mi querido conde,
respondió mi abuela, ya os
he dicho que no tenemos dinero.

El dinero es inútil aquí,
replico Saint Germain; ¿que-
-rís escucharme.?

Y la reveló un secreto que
a cualquiera de nosotros le
hubiera costado caro....

Los jóvenes jugadores re-
-doblaron la atención. Tomski
encendió su pipa, echó una
bocanada de humo y conti-
-nuó:

Aquella misma noche,
mi abuela se presentó en Ver-
-sailles, en el juego de la
reina. El duque de Orleans
tenía la banca; mi abuela
se excusó de no pagar en el
acto en deuda; cuenta una
pequeña historia para jus-
-tificarse y empieza a apun-
-tar. Escogió tres cartas, ju-

-gando una tras otra y do-
-blando cada vez la postura;
las tres cartas ganaron, y
mi abuela se desquitó por en-
-terro de la pérdida del día
anterior.

¡ Un azar !, dijo uno de
los invitados.

¡ Una fábula ! exclamó
Hermann.

¡ Cartas marcadas, puede
ser !, añadió un tercero.

No lo pienso yo así, res-
-pondió gravemente Tomski

¡ Como !, dijo Norumov;
¿ tienes una abuela que adi-
-vina tres cartas cuando
quiere, y no conoces ese secre-
-to cabalístico. ?

- Aquí está justamente el

diablo, dijo Tomski; mi abue-
la tenía cuatro hijos con-
tando a mi padre; todos
empeñados jugadores, y
sin embargo a ninguno de
ellos comunicó el secreto, bien
que^a aquellos no les hubiera
causado tanto perjuicio,
como a mi mismo. Pero he
aquí lo que ha contado
mi tío el conde Ivan Glitko,
y que me ha garantizado
bajo su palabra de honor;
El difunto Tchaplizki — el
mismo que ha muerto en la
miseria después de haber
derrochado millones — per-
dió una vez en su juventud
jugando contra Ioritz,
me acuerdo perfectamente,

cerca de trescientos mil rublos.

Estaba desesperado. Mi abuela, siempre severa con las ligerezas de la juventud, tuvo en este caso piedad de Tchaplizki. Le designó tres cartas diciéndole que las jugara una después de la otra; pero debía darle su palabra de honor, de no seguir jugando. Tchaplizki se presentó en casa de su vencedor; se pusieron a jugar. Tchaplizki puso cincuenta mil rublos en la primera carta y ganó; dobló su postura y volvió a ganar, y finalmente recuperó lo que había perdido y aún ganó más....

¡ Es hora de irse a dormir!

son las seis menos cuarto.

El día comenzaba a
despuntar. Los jóvenes vacia-
ron sus vasos y se separaron.



Fundación

ANASTASIO
DE GRACIA

Centro - II - Documental

Parece que el señor está
decididamente por las siguientes
¡Que queréis señora! Son
mas frescas.

La vieja condesa ^{xx}~~x~~ es-
taba en su tocador, sentada
frente al espejo. Tres doncellas
la rodeaban. Una sostenia el
pomo del rojo, la otra una
capita con alfileres, la tercera,
una alta cofia adornada
con cintas color de fuego. La
condesa no tenia pretension
alguna de aparecer bella. Su
belleza estaba marchita desde

hacia mucho tiempo, pero conservaba todos los hábitos de su juventud; seguía rigurosamente la moda de la séptima década del siglo pasado⁽¹⁾ y ponía tanto cuidado y tanto tiempo en vestirse como hacia sesenta años. Cerca de la ventana, delante de un bastidor estaba sentada una muchacha, su protegida.

¡Buenos días abuelita! dijo, entrando un joven oficial. ¡Buenos días señorita Lissa! ¡Abuelita tengo que haceros una petición. ¡
¿Cuál es, Pablo? ¿

(1)

Puchstein habla en el siglo XIX.

¿Me permitís que os presente a uno de mis amigos y que le lleve a vuestro baile del viernes.?

¡Llévale directamente y allí me le presentarías. ¿Has estado ayer en casa de **.*?*

Si, fue una fiesta muy alegre; se ha bailado hasta las cinco. Eletzkaia estaba guapísima.

¡Vamos querido! ¿Que tiene de guapa.?. Si abuela la princesa Daria Petrovna si que lo era.... ¡A propósito!; ¡habría envejecido mucho la princesa Daria Petrovna!

¿Como envejecido.?. respondió distraídamente Tomski si hace.

siete años que ha muerto.

La muchacha levantó la cabeza del bastidor e hizo un signo al oficial. Se acordó de que a la vieja se le ocultaba la muerte de las personas de su misma edad, y se mordió los labios. Sin embargo la condesa acogió aquella noticia, nueva para ella, con una gran indiferencia.

¡ Muerta! dijo, y yo no lo sabía. Fuimos nombradas a un tiempo damas de honor de la Emperatriz y cuando fuimos presentadas a ella.... Y la condesa contó por centésima vez la anécdota

a su nieto.

¡Vamos Pueblo!, dijo enseguida; ¡ayúdame a llevarme! Lissanka, ¿dónde está mi capita de rapé?

Y la condesa, seguida de las tres doncellas, pasó detrás de un biombo para continuar su tocado. Tomski, quedó solo con la muchacha.

¿A quien vais a presentar a la condesa?, preguntó en voz baja Lissabetta Ivanovna.

- A Narumov. ¿le conocéis?

¡No!. ¿Es militar?

¡Sí!

¿De Ingenieros?

¡No!, de caballería. Pero

¿por que creiais que era de
ingenieros.?

La muchacha rio y
no dijo nada.

¡Pablo! quitó la conde-
-sa desde detrás del biombo;
enciamme alguna nueva
novela, pero no hace falta,
te lo niego, que sea del gus-
-to del dia.

¿Que queris decir, abue-
-lita.?

- Quiero una novela cuyo
hérose no estrangule a su
padre y a su madre, y que
no haya ahogados. Me dan
mucho miedo los ahogados.

Tales novelas no existen
ya. ¿Queris una novela
rusa.?

¿ Pero hoy novelas rusas.?
... Enviame una mi pequeño,
enviame una, te lo ruego.

¡ Adios abuela, tengo
prisa. ¡ Adios Lissabetta Iva-
novna!. Decidme, ¿ por que
creiais que Narumov, era
de ingenieros. ?

Y Tomski salio del to-
-cador.

Lissabetta Ivanovna
quedo sola. Un joven oficial
aparecio bien pronto al otro
lado de la calle, en la es-
quina misma. Lissabetta ha-
bia dejado la labor y le
veia desde la ventana. En-
rojecio, y volviendo a su tra-
-bajo, inclino la cabeza so-

-bre el barado. La condesa
entró en aquel momento com-
pletamente vestida.

¡ Ordene que enganchen
Lissanka! dijo; vamos a dar
un paseo.

¡ Que madreita! ¡ ¡ ¿ estás
sorda? , gritó la condesa;
¡ haz que enganchen pronto!

¡ Enseguida! , respondió
en voz baja la muchacha, y
corrió hacia la antecámara.

Un criado entregó a la
condesa algunos libros de
parte del príncipe Pablo Alexan-
-druich.

¡ Está bien! , dale las gra-
-cias, dijo la condesa. ¡ Lissan-
-ka. Lissanka! ¡ ¡ por donde an-
-das? ,

¡Voy a vestirme!

Tienes tiempo. Estote aquí. Abre el primer volumen y lee en voz alta....

La muchacha cogió un libro y leyó algunas líneas.

¡Mas alto!; ¿que tienes madreita...? ¿Has perdido la voz?... ¡Espera,... acércome el taburete; mas cerca... vamos.

Lissabetta Ivanovna leyó algunas páginas. La condesa bostezaba.

¡Tira ese libro! dijo; es absurdo!. ¡Devuelveselo al principe Pablo y dale las gracias.... ¡Buena! pero ¿que pasa con el coche. ?

El coche está dispuesto

blijo Lissabetta Ivanovna y mirando con disimulo a la calle.

Y tu, ¿no te has vestido todavia.? volvio a decir la condesa. Siempre hay que esperararte; esto es insoportable madrecita.

Lissa corrió a su habitacion. No habian transcurrido dos minutos, cuando la condesa se puso a llamar con todas sus fuerzas. Tres doncellas acudieron por una puerta; un ayuda de cámara por la otra.

¿No hay manera de que venga nadie? quitó la condesa. Decidle a Lissabetta Ivanovna, que espero.

Lissabetta Ivanovna

entio en aquel momento con su capa y su sombrero.

¡ Al fin madre! ¿ Como te has vestido así? ... ¿ A quien quieres seducir? ... ¿ Que tiempo hace? Viento, yo creo.

¡ No, excelencia!, hace un hermoso tiempo, dijo el ayuda de cámara.

¡ Siempre hablar's al azar! ¡ Abrid un poco el postigo! Evidentemente, hace viento; y un viento muy frío. ¡ Que desenganchen! Lissanka; no salimos; no valia la pena haberte engalanado así.

« ¡ Y esta es mi vida! »
pensaba Lissabetta Ivanovna.
Lissabetta Ivanovna era,

en efecto una criatura bien
desgraciada. Es amargo el
pan de otros, dijo Dante, y los
escalones de la casa ajena
pesosos de subir. ¿Y quien
mejor hubiera podido cono-
-cer la amargura de la su-
-jecion que la pobre pupila
de una vieja aristocrata.?

La condesa-~~xx~~, no era,
bien es cierto, mala en el
fondo, pero era caprichosa
como toda mujer mimada
por los exitos mundanos:
era avara y friamente e-
-goista como todas las vie-
-jas que han cesado de
amir y que son extrañas
al presente. Tomaba parte
en todas las distracciones

pitiles de la vida mundana; iba a todos los bailes, y se estaba sentada en un rincón, acicalada y vestida con todo lujo, pero a la antigua moda, como si fuese el ornamento obligatorio y horroroso de la sala. Al llegar los invitados se le aproximaban, saludandola con grandes inclinaciones como siguiendo un rito establecido, y despues nadie se ocupaba de ella. Recibia en su casa a toda la ciudad, observando una severa etiqueta y sin jamás reconocer a ninguno de los invitados. Los numerosos

servidores, gordos, y enve-
jecidos en sus antecámaras,
hacían lo que querían, de-
sempeñando por turno sus
respectivos papeles alrededor
de la vieja moribunda.

Lissabetta Ivanovna era
la martir de la casa. Ser-
vía el té, y recibía los re-
proches à propósito del a-
zúcar que se gastaba; leía
en voz alta una novela -
y ella era la responsable
de las faltas del autor -
acompañaba de paseo à
la condesa - y ella era la
responsable del tiempo, y
de la parimentación. Se
le había fijado un sueldo

que nunca se la pagaba por entero; a pesar de esto se la exigía que fuese vestida como todo el mundo, es decir, como muy poca gente puede vestir. En sociedad desempeñaba un papel de los más lamentables. Todo el mundo la conocía pero pasaba desapercibida; en los bailes no bailaba más que cuando faltaba una pareja para el rigodon, y las damas la cogían del brazo cuando tenían que abandonar el salón para ir a reparar algún defecto de su tocado. Tenía amor propio, debíase de

su posición y miraba à su
alrededor esperando con im-
-paciencia la llegada del
liberador; pero los jóvenes,
calculadores en medio de su
vanidosa ligereza, no se dig-
-naban fijar en ella su aten-
-ción, aun cuando Lissabetta
Ivanovna fuese cien veces
mas encantadora que las
muchachitas frias y arro-
-gantes a quienes hacian
la corte. ¡ Que de veces, aban-
-donando subrepticamente
el enojoso y magnifico salon,
iba à refugiarse para llo-
-rar, en su pequeña habi-
-tacion, amueblada tan solo
con un biombo de paxsel,
una cómoda, un espejito

y un lecho de madera pintada, y alumbrada por una vela colocada en un candelabro de cobre.!

Un día — esto había ocurrido, dos, después de la noche que hemos descrito al principio de esta historia, y una semana antes de la escena de que hablaremos — un día, Lissabetta Ivanovna estaba sentada cerca de la ventana, ante su bastidor; al dirigir por casualidad una mirada a la calle, distinguió un oficial de ingenieros, inmóvil, los ojos fijos en la ventana. Ella bajó la cabeza y siguió su trabajo

j cinco minutos mas tarde,
miró de nuevo; el oficial es-
-taba en su sitio. No teniendo
costumbre de coquetear con
los oficiales que pasaban,
dejó de mirar, y continuó
bordando cerca de dos ho-
-ras sin levantar la cabeza.

La comida estaba servida.
Levantóse; se puso a arre-
-glar la labor, y mirando
involuntariamente hacia la
calle, vió de nuevo al oficial.
Esto le pareció muy extraño.
Después de comer se aproxi-
-mó a la ventana, con
cierta inquietud, pero el
oficial ya no estaba.

Dos días mas tarde
cuando salia con la con-

- desca y se disponia a subir al coche le volvió a ver. Estaba cerca de la acera, la cara escondida por el cuello de castor; sus ojos negros brillaban bajo los bordes de la gorra. Lisabetta Ivanovna tuvo miedo sin saber porque y se sentó en el coche, presa de una inexplicable turbacion.

De vuelta a casa, corrió hacia la ventana; el oficial estaba todavia en el mismo sitio fijando sus ojos en ella. Se alejó atormentada por la curiosidad y turbada por un sentimiento nuevo.

No pasaba dia sin que

el muchacho apareciere a, la misma hora, bajo las ventanas de su casa. Nuevas relaciones se establecieron entre ellos. Sentada en su sitio y trabajando, sentia su proximidad, levantaba la cabeza y le miraba cada dia un poco mas. El muchacho parecia agradecerle; veia ella, con esa mirada viva de la juventud, que un brusco rubor cubria sus mejillas palidas cada vez que sus ojos se encontraban. Al cabo de una semana Lissabetta le sonreia...

Cuando Tomski habia pedido a la condesa, permiso

para presentarla a su amigo, el corazón de la pobre niña había latido con fuerza. Pero al saber que Narumov era oficial de caballería, y no de ingenieros, sintió haber deforado entretener con su pregunta indiscreta, al aturdido de Tomski, su secreto.

Hermann era hijo de un alemán rusificado, que le dejó al morir una pequeña fortuna. Firmemente convencido de la necesidad de asegurarse la independencia, Hermann no tocaba ni a los intereses, no vivía más que de su sueldo y no se permitía ningún

capricho. Era disimulado y ambicioso, y sus camaradas siempre encontraban ocasion de mofarse de su excesiva economia. Tenia grandes pasiones y una imaginacion ardiente, pero la firmeza de su caracter le habia preservado de los extranos propios de la juventud. Asi por ejemplo, siendo jugador de corazon nunca tocaba una carta, porque calculaba que su fortuna no le permitia (como el decia) «arriesgar lo necesario, por la esperanza de ganar lo superfluo.», y sin embargo, pasaba noches enteras en

las mesas de juego, siguiendo con ansiedad febril las diferentes fases de aquel.

La historia de las tres cartas hirió fuertemente su imaginación, y no se apartó en toda la noche de su pensamiento.

« Si la vieja condesa, se decía al día siguiente mientras erraba por las calles de San Petersburgo, ¡ si la vieja condesa quisiera comunicarme su secreto! ¡ si me designase esas tres cartas seguras!... ¿ Por que no tentar mi suerte?... Haceme presentar a ella, ganar su confianza, ser

si es necesario su aman-
te. Pero todo esto requiere
tiempo y tiene ochenta años,
y puede morir dentro de
una semana, dentro de dos
días.... Por otra parte, ¿pue-
de creerse esta anécdota?
¡No!; la economía, la mo-
deración, el trabajo; he
aquí mis tres cartas se-
guras; he aquí lo que cen-
tuplicaría mi fortuna, y
me aseguraría el reposo
y la independencia. »

Razonando de esta
suerte se encontró en una
de las principales calles de
Petersburgo, ante una casa
de antigua arquitectura.
La calle estaba llena de

carruajes; las carrozas avanzaban una detrás de otra al lado de la acera, iluminada. A cada momento se veía aparecer, o el pie de una joven belleza, o una bota con espuelas, o las medias y zapatos de un diplomático. Pielles y trajes suntuosos pasaban ante un suizo altanero.

Hermann se paró.

¿A quien pertenece esta casa? preguntó a un agente de policía.

- A la condesa ~~xxx~~ ^x respondió este.

Hermann se estremeció. La extraña anécdota se presentó de nuevo a su

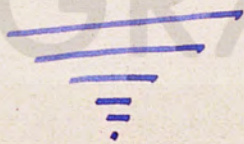
imaginacion. Púsose a
pasear a lo largo de la
casa, pensando en su pro-
piedad y en su poder mi-
lagroso. Entró muy tarde
en su humilde alojamiento
y no pudo dormirse en
mucho tiempo; cuando al
fin vino el sueño, soñó con
cartas, con tapetes verdes,
con billetes, con montones
de ducados. Jugaba carta
tras carta, doblaba con
seguridad, ganaba sin
cesar, recogia el oro, y
metia los billetes en el
bolsillo. Despierto ya tarde
sintió la pérdida de sus
fantásticas riquezas y

marchó de nuevo a errar á
traves de las calles, encon-
trándose bien pronto ante
la casa de la condesa^x.

Una fuerza desconocida pa-
recia atraerle hacia ella.

Se paró y se puso á mirar
a las ventanas. Apercibió
en una de ellas, una ca-
beza joven, de cabellos ne-
-gros, inclinada tal vez
sobre un libro, ó sobre al-
-gun trabajo. La cabeza se
levantó. Hermann vio una
cara fresca y unos ojos
negros.

Este instante decidió su
suerte.



- III -

Me escribís unqel mis
cartas de cuatro pöginas,
mas de prisa que yo puedo
leerlas.
(Correspondencia).

Apenas Lissabetta.
Ivanovna tuvo tiempo de
quitarse la capa y el som-
brero, cuando ya la conde-
sa habia mandado bus-
carla, y dado la orden
de enganchar nuevamente.
En el momento en que si-
ban a subir al carruaje y
mientras dos criados a-
yudaban a subir a la
nieja, Lissabetta Ivanovna

vió a su oficial muy cerca del estribo. La cogió la mano; ella no tuvo tiempo de reponerse de su espanto, cuando el oficial había desaparecido, después de haber deslizado un papel en su mano. Lo escondió bajo su guante, y durante todo el trayecto ni vió ni oyó nada. En coche, la condesa tenía la costumbre de hacer a cada momento una pregunta: ¿quien ha pasado?; ¿como se llama este puente?; ¿que es lo que hay escrito en aquel escudo? Aquel día Lissabetta Ivanovna,

respondia al azar, lo cual encolerizaba la condesa.

¿Que te ocurre hoy maldita.?, ¿Has perdido el juicio; o es que ni me oyes ni me entiendes.?, yo ¡gracias a Dios! ni tartamudeo, ni he perdido la razón.

Lissabetta Ivanovna, ni la escuchaba. De vuelta a casa, corrió a su habitación, y sacó el papel de su quante; no tenía sobre. Lissabetta Ivanovna lo leyó. El billete contenía una declaración de amor; era tierno, respetuoso, y sacado, palabra por palabra,

de una novela alemana.
Pero Lissabetta Ivanovna no
conocia el alemán y quedó
muy satisfecha.

No obstante, la carta
que había aceptado la in-
-quietaba mucho. Entraba
por primera vez en rela-
-ciones secretas con un jo-
-ven. Su atreimiento la
asustaba. Reprochábale
su conducta imprudente,
y no sabía que hacer: ¿no
volver a la ventana y des-
-corazonar con su indi-
-ferencia al joven oficial
para que cesase en la
persecución. ?; ¿devolverle
la carta. ?; ¿responder
de una manera fría y

Indecidida? No tenía a
quien pedir consejo; no te-
nia ni comarada ni
confidente.

Lissabetta Ivanovna
se decidió a contestar:

Se sentó ante su mesa
escritorio, tomó una pluma
y se puso a reflexionar.
Recomenzó su carta varias
veces y la rompió; unas
veces la parecían sus tér-
minos muy complacientes;
otras demasiado crueles.

Finalmente escribió algu-
nas líneas que la satis-
ficeron:

« Estoy persuadida,
escribía, de que vuestras
intenciones son honradas

¿ que no queréis ofenderme con vuestra irreflexiva decisión; pero nuestro conocimiento no debe empezar de este modo. Os devuelvo vuestra carta y espero que en lo porvenir no tendré que quejarme de una falta de consideración que no merezco. ».

Al día siguiente, cuando no llegar a Hermann, Lissabetta Ivanovna dejó de bordar, fue al salón, abrió la ventana y arrojó su carta a la calle fijándose en la agilidad del joven oficial para recogerla. Herman corrió

cogió la carta y entró en una confitería. Al romper el sobre encontró su billete y la contestación de Lissabetta Ivanovna. No esperaba nada mejor, y volvió a casa pensando en su intriga.

Tres días más tarde, una aprendiz de modista trajo un billete a Lissabetta Ivanovna. Esta le abrió con cierta inquietud temiendo alguna petición de dinero, pero en seguida reconoció la escritura de Hermann.

Vos habéis equivocado señorita, dijo, este billete no es para mí.

Si, si, es para vos

respondió la muchacha sin disimular una sonrisa des-
-canada. ¡Leala!

Lissabetta Ivanovna recurrió
la carta. Hermann la pedía
una entrevista.

Imposible, dijo Lissabetta
Ivanovna, espantada, tanto por
la atrevida petición como por
el procedimiento empleado.

Rompí la carta en pedaci-
-tos.

Si la carta no es para vos,
¿por qué la habéis roto? dijo
la aprendiz. Yo la hubiera de-
-multo a quien me la entregó.

- Os ruego querida mía, dijo
Lisabetta Ivanovna, enrojecida
ante tal observación, que no me
volváis a traer más cartas, y
decidle al que os ha enviado,
que debería darle vergüenza.

Pero Hermann no se calmó. Todos los días recibía Lisabetta Ivanovna una carta suya, enviada de una manera o de otra. No estaban traducidas del alemán. Hermann las escribía inspirado por la pasión y empleaba un lenguaje que le era propio; sus cartas expresaban la inflexibilidad de sus deseos y el desorden de su imaginación desencadenada. Lisabetta Ivanovna no pensó más en devolverse las; se embriagaba con ellas. Empezó a responder a sus cartas más extensamente y con mayor ternura. Por fin le echó por la ventana la siguiente carta:

« Hoy tendría lugar mi
« boule en la Legación de -X-
« La condesa iría. Estaremos
« allí hasta las dos aproxima-
«-damente. Teneis pues una o-
«-casión de verme sola. Cuando
« la condesa marche, los cria-
«-dos, seguramente se acosta-
«-rán; en el vestibulo no que-
«-dará probablemente más
« que el suizo, pero acostumbra
« también a recogerse en su
« habitación. Venid a las
« once y media. Subid di-
«-rectamente la escalera. Si
« encontráis a alguien en
« la antecámara, preguntad
« si la condesa está en casa.
« Se os dirá que está ausente,
« y entonces no hay nada que
« hacer; os retirareis. Lo probable

«es que no encontréis a na-
«-die. Las doncellas duermen
« todas en la misma habi-
«-tacion. Al llegar a la an-
«-tecamaria torced a la iz-
«-quierda y continuad seguido
« hasta la habitacion de
« dormir de la condesa.
« Allí, veréis dos puertecillas
« detras de un biombo: la
« de la derecha da a un
« gabinete en el cual nunca
« entra la condesa; la de
« la izquierda da a un
« pasillo que conduce a mi
« habitacion. ».

Hermann se estremecía
como un tigre esperando la
hora fijada. A las diez
de la noche estaba ya

estaba ya ante la casa.
de la condesa. Hacía un tiem-
-po horrible; aullaba el viento;
una nieve medio derretida
caía en copos; los reverberos
no daban más que una luz
muy tenue; las calles esta-
-ban desiertas. De vez en cuan-
-do pasaba un coche tirado
por un flaco caballo; el
cochero buscaban algún
pasajero retardado. Hermann
vestido con solo un queso ca-
-potón no sentía ni el viento
ni la nieve. Al fin vio la ca-
-rruza de la condesa. Her-
-mann vio salir a la vieja
medio llevada por dos cria-
-dos, envuelta completamente

en una copa de cibelina; su pupila la seguía, cubierta con una ligera coya, los cabellos adornados con flores frescas. La portezuela se cerró. La carroza rodaba pesadamente sobre la nieve blanda. El suizo cerró el portabon. Las luces se apagaron. Hermann se puso a pasear ante la casa silenciosa; se aproximó a un reverbero y miró su reloj. Eran las once y veinte. Estuvo un momento, esperando que la aguja marcara la hora indicada.

Exactamente a las once y media. Hermann subió

la uelera de la casa de la condesa y entro en el vesti:

-culo iluminado por la puer-

-teilla que dejó abierta el suizo. Este no estaba allí.

Hermann subió corriendo la escalera, abrió la puer-

-ta de la antecámara y

vió un criado que dormía bajo la lámpara, en una

sucia y vieja butaca. Con

paso ligero y firme, Her-

-mann pasó ante él. La

sala y el salón estaban

obscuros. La lámpara de

la antecámara no los

alumbraba mas que muy

debilmente. Hermann en-

-tró en la habitación de dormir

Una lamparilla de oro
brillaba ante los viejos iconos.
Las paredes recubiertas de
tapicerías chinas. A lo lar-
-go, unas butacas dispuestas
con triste simetría, y unos
divanes de amarillento do-
-rado con almohadones
de pluma. Veíanse también
en la pared, dos retratos
pintados en París por
madame Lebrun. Uno re-
-presentaba un hombre, a-
-proximadamente de cua-
-renta años, alto, grueso, con
uniforme verde y una
condecoración; el otro,
una joven bella, de nariz
aquilina, los cabellos le-
-vantados sobre las sienes,

empolvados y adornados con una rosa. En todos los rincones se encontraban estatuillas de porcelana, relojes fabricados por el célebre Leroy, abanicos, y un montón de esos bibelots inventados para las damas, al mismo tiempo que el globo Montgolfier y el magnetismo de Mesmer.

Hermann pasó por detrás del biombo. Allí había un pequeño lecho de hierro; a la derecha se encontraba la puerta que conducía al gabinete; a la izquierda la que daba acceso al pasillo. Hermann la abrió

y vió la estrecha escalera que llevaba a la habitación de la pobre pupila; pero volvió sobre sus pasos y entró en el gabinete obscuro. El tiempo pasaba lentamente. Todo estaba silencioso. En el salón, un reloj dio la media noche; en las demás habitaciones también dieron los relojes la media noche, uno tras otro; y todo se calló de nuevo. Hermann estaba de pie apoyado en una estufa apagada. Estaba tranquilo; su corazón latía regularmente como el de un hombre que está dispuesto a efectuar algo peligroso pero indispensable.

Los relojes dieron la una; despues, las dos de la mañana; oyó el ruido lejano de una carroza que se aproximaba y que luego se paró. Oyó el ruido del estribo al caer, y despues, movimiento en la casa. Los criados corrian; se oyeron voces, y la casa se iluminó. Las tres doncellas llegaron corriendo a la habitacion de dormir, y la condesa, entró medio muerta, dejandose caer en una butaca Voltaire. Hermann miraba por una rendija. Lisabetta Ivanovna pasó cerca de él. Oyó sus pasos rápidos sobre los

pedaños de su escalera.
Algo parecido al recordi-
miento despertó en su cora-
-zon, pero se calló de nuevo.
Se hizo de piedra.

La condesa comenzó
a desnudarse ante el espejo.
Quitóse la gorrita adorna-
-da de rosas y la empolva-
-da peluca, apareciendo
una cabeza de cabellos blan-
-cos cortados a rape. Los
alfileres llovían a su lado.
La ropa amarilla borda-
-da en plata se deslizó a
sus pies. Hermann era tes-
-tigo de los repugnantes
secretos de su toilette. Por
fin, la condesa se quedó
en camison y con el gorro

de dormir. En esta toilette
mas conforme a su edad,
parecia menos espantosa y
menos fea.

Como todas las niefas
en general, la condesa pade-
-cia de insomnio. Se sentó
en una butaca cerca de la
ventana despues de haber
enviado a acostar a las
doncellas. Se llenaron las
velas y la habitacion quedó
olumbrada solamente por
la lamparilla. La condesa
con su cara amarillenta,
movia los labios y se ba-
-lanceaba de derecha a iz-
-quierda. En sus ojos se
-pintaba una ausencia com-
-pleta de pensamiento; viendola

asi hubiera podido creerse .
que el blanqueamiento de la
horrible vieja provenia, no de
su voluntad sino de la accion
de un secreto galvanismo.

Buscamente la ex-
-presion de aquella cara mu-
-ta cambio de una manera
inexplicable. Los labios cesaron
de moverse, los ojos se ani-
-maron. Delante de ella ha-
-bia un hombre desconoci-
-do.

¡ No tengais miedo por
amor de Dios, no tengais
miedo ! dijo con voz baja
pero clara. No tengo inten-
-cion de haceros nada malo;
vengo a suplicaros que me
concedais una gracia.

La vieja le miraba
en silencio y parecia no

oírle. Hermann creyendo que era sorda, se inclinó hacia su oído y repitió lo mismo. La vieja se calló como antes.

Vos podéis, continuó Hermann, hacer la dicha de mi vida, y esto no os costaría nada. Yo sé que podéis designar tres cartas....

Hermann se calló. La condesa parecía comprender; parecía buscar palabras con que responderle.

¡Era una broma, dijo ella al fin, yo os lo juro, era una broma!

No se chancera con eso, replicó Hermann encolerizado. Acordaos de Tchaplitzki a quien vos ayudasteis a recobrar su perdida.

La condesa se turbó visiblemente: Sus rasgos expresaron un fuerte movimiento de alma, pero bien pronto cayó en su anterior apatía.

¿Podéis vos, continuo Hermann, indicarme esas tres cartas.?

La condesa collaba, Hermann siguió:

¿Para quien guardais vuestro secreto. ? ¿Para vuestros nietos. ? Son ricos sin esto; ni siquiera conocen el valor del dinero. Vuestras tres cartas no servirían de nada a un príncipe. El que no sabe guardar la herencia morirá en la miseria de todos modos, a pesar de

los esfuerzos diabólicos. Yo no soy un prodigo; yo conozco el valor del dinero. Vuestras tres cartas no estarían perdidas para mí. ¿Que me deais?

Hermann se paró esperando tembloroso la respuesta. Ella se callaba, Hermann se puso de rodillas

- Si vuestro corazón ha conocido alguna vez un sentimiento de amor, si recordais sus éxtasis, si habeis sonreído viendo llorar a un recién nacido, algo humano ha latido en vuestro pecho, yo os imploro, yo suplico a los sentimientos de una esposa, de una amante, de una madre, por todo cuanto hay de sagrado

en la vida, que no rechacéis mi ruego; hacédme conocer vuestro secreto; ¿que necesidad tenéis de él.? Puede ser que esté ligado a un pecado terrible, a la pérdida de vuestra salvación eterna, a un pacto diabólico....

Pensad en que sois vieja, en que no viviréis mucho tiempo. Estoy dispuesto a tomar el pecado sobre mí. Reveladme solamente vuestro secreto.

Pensad que la dicha de un hombre se encuentra entre vuestras manos; que no solamente yo, sino mis hijos, mis nietos, mis biznietos, bendecirán vuestra memoria, os venerarán como

ia una santa.

La vieja no decía una palabra.

Hermann se levantó.

¡Vieja bruja, dijo apretando los dientes, yo te obligaré entonces a responder.

Y diciendo estas palabras sacó una pistola de su bolsillo. Al verla del arma, manifestó por segunda vez una fuerte emoción. Agitó su cabeza y levantó el brazo para protegerse contra un disparo; después cayó hacia atrás y quedó inmóvil.

Cesad de hacer la niña dijo Hermann cogiéndola la mano. Os lo pido por última vez; ¿quereis indicarme las tres cartas, si, o no?

La condesa no respondió Hermann vio que estaba muerta.



— IV —

¡ Hombre sin costumbres
y sin religion !
(Correspondencia.)

Lisabetta Ivanovna estaba sentada en su habitacion, todavia con su traje de baile, y sumida en profunda meditacion. Al volver a casa se habia apresurado a despedir a la doncella medio dormida que de bastante mala gana le ofrecia sus servicios; le habia dicho que se des- mudaria sola, y habia en- trado temblando en su ha- bitacion. Esperaba encontrar

a Hermann, y deseaba al mismo tiempo que no estuviera. Al primer golpe de vista dióse cuenta de su ausencia y agradeció al destino el haber impedido el encuentro. Se sentó sin desnudarse y pensó en las circunstancias que lo habían llevado tan lejos en poco tiempo. Tres semanas apenas desde el día en que vio por primera vez la silueta del joven oficial, y ya mantenía correspondencia con él, y había conseguido de ella una cita nocturna. Solo conocía su nombre por la firma de algunas de las cartas; nunca le habló, no

conocía su voz, nunca había
visto hablar de él... antes de
esta noche. ¡ Cosa extraña !
aquella misma noche en el
baile, Tomski estaba enfada-
do con la joven princesa
Paulina, que contra su cos-
tumbre coqueteaba con otros.
Quiso el oficial vengarse de
su indiferencia, invitó a
Lissabetta Ivanovna y bailó
con ella una interminable
mazurka. Durante toda la
danza, se mofaba de su pa-
sion por los oficiales de in-
genieros, la aseguró que
sabía más de lo que ella
pudiera imaginarse, y algunas
de sus bromas estaban tan
bien dirigidas que Lissabetta

Ivanovna creyó mas de una vez que su secreto era conocido.

¿ Como sabéis todo eso, preguntó ella riendo. ?

- Por un amigo de la persona que vos sabéis, respondió Tomski; de un hombre muy notable.

¿ Quien ese hombre tan notable. ?

Se llama Hermann.

Lissabetta Ivanovna no dijo nada, pero sus pies y sus manos estaban helados....

Este Hermann, continuo Tomski, es un personaje verdaderamente romántico; tiene el perfil de Napoleón, y el alma de Mefisto. Yo creo que tiene al menos tres crímenes sobre su conciencia. ¡ Pero que política estais!

Me duele la cabeza.... Pero,
¿que os ha dicho entonces ese
Hermann?.... ¿no se llama
asi.?

- Hermann está muy des-
contento de su amigo; él dice
que en su lugar obraría
de otra manera muy diferen-
te.... Yo supongo que el
mismo Hermann tiene los
ojos puestos en vos; en todo
caso, no escucha con indi-
ferencia las confidencias
de su amigo.

Pero, ¿donde me ha visto
el.?

¡En la iglesia puede ser,
en el paseo!.... ¡Dios sabe!, me-
de ser en vuestra habitación
durante vuestro sueño: ¡ES
Capaz de todo.!

Tres damas que aproximamente preguntando, ¿olvido o preser.?, interrumplieron su conversacion, que iba siendo dolorosamente enojosa para Lissabetta Ivanovna.

Tomski bailo despues con la joven princesa ¹⁰⁸⁰ que tuvo tiempo de tener con él una explicacion mientras bailaban una vuelta suplementaria.

Cuando Tomski volvió a su sitio no pensaba ni en Hermann ni en Lissabetta Ivanovna. Esta quiso renovar la conversacion interrumpida, pero la mazurka terminó, y poco despues, la vieja condesa abandonó el baile.

Las palabras de Tomski no eran otra cosa que una

charla durante el baile; pero se clavaron profundamente en el alma de la joven soñadora. El retrato esbozado por Tomski asemejaba a la imagen que ella se representaba, y gracias a las lecturas de novelas modernas, esta figura banal, espantaba y encantaba al mismo tiempo su imaginación.

Lissabetta estaba sentada, los brazos desnudos, la cabeza todavía con flores, inclinada sobre su pecho descubierto.

De pronto se abrió la puerta y Hermann entró.

Ella temblaba.

¿Donde habéis estado? preguntó con un murmullo lleno

de espanto.

En la habitación de la Condesa, respondió Hermann. Acabo de dejarla. La condesa está muerta.

¡Dios mío!, ¿que decís.?

Yo creo, continuó Hermann, que soy la causa de su muerte.

Lissabetta Ivanovna le miró, y las palabras de Tomski venían a su memoria: «¡Este hombre, tiene por lo menos tres crímenes sobre su conciencia!» Hermann se había sentado en el borde de la ventana y le contó todo.

Lissabetta Ivanovna le escuchaba con terror. ¡Así pues, todas aquellas cartas apasionadas, aquellas suplicas, ar-

-dientes, aquella persecucion
atrevida y obstinada, no era
amor! ¡ El dinero, he aqui
lo que su alma codiciaba!
¡ No era ella la que podia col-
-mar sus deseos y hacerte di-
-choso! ¡ No era mas que la
complice de un malvado, del
asesino de su nieta bienhecho-
-ra....!

Lloró amargamente, su
arrepentimiento tardio y do-
-loroso.

Hermann la miraba en
silencio; su corazon estaba
tambien turbado; pero no eran
las lagrimas de la pobre
muchacha, ni el encanta-
-miento de su dolor lo que in-
-quietaba su alma de bruto.
No sentia remordimientos al

pensar en la vieja condesa
muerta. Una sola cosa le es-
-pantaba; la perdida irre-
-parable del secreto con el que
esperaba enriquecerse

¡ Sois un monstruo! dijo
al fin Lissabetta Ivanovna.

¡ Yo no he querido su
muerte!, respondió Hermann;
la pistola estaba desarmada.

Se callaron.

Empezaba a amanecer. Li-
-ssabetta Ivanovna apagó la
vela que estaba consumiéndose.
Una luz pálida penetraba en
su habitación. Secó sus lágrimas
y miró a Hermann; estaba sentado
en el borde de la ventana, los
brazos cruzados y frunciendo sus
párpados con aire trágico. En
aquella actitud recordaba asom-

-brosamente el retrato de Napoleón. Aquella semejanza sobresaltó a Lissabetta Ivanovna.

¿ Como saldreis de la casa.?, dijo. Pensaba conducirnos por la escalera secreta, pero es necesario atravesar la alcoba de la condesa, y tengo miedo.

- Decidme como puedo encontrar la escalera secreta y saldri solo.

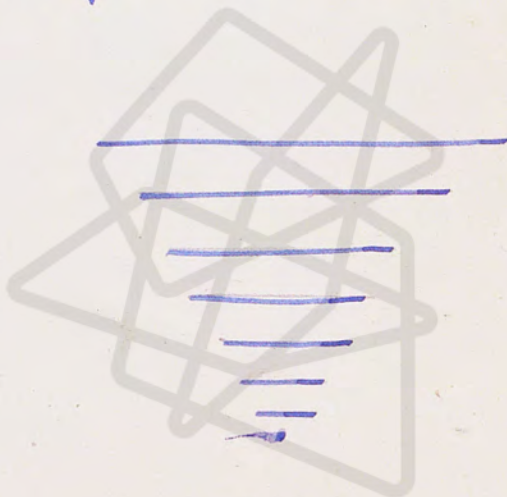
Lissabetta Ivanovna, se levantó, sacó de la cómoda una llave, se la entregó a Hermann, y le dió instrucciones detalladas. Hermann estrechó su mano helada, bajó la frente y salió.

Descendió la escalera de caracol y entró nuevamente,

en la alcoba de la condesa. La muerta estaba sentada como una figura de piedra; su cara expresaba una calma profunda. Hermann se paró ante ella y la miró largamente, como si quisiera asegurarse de la terrible verdad; al fin, entró en el gabinete, encontró tras el tapiz una puerta, y descendió por una escalera obscura, turbado por extraños sentimientos. « Por esta misma escalera, pensaba él, a la misma hora, con traje bordado con sombrero chambergo, se deslizaría puede ser a escondidas, un joven dichoso, que haría tiempo está en la tumba; y el corazón de su dueña envejecida ha cesado hoy de

latis !....

Al final de la escalera,
Hermann vio una puerta que
abrió con la llave, y se en-
contró en un pasillo que le
condujo a la calle.



Fundación
ANASTASIO
DE GRACIA

-V-

Centro Documental

Esta noche se me ha
aparecido la difunta baro-
nesa. xxx. Y ba vestida de
blanco y me ha dicho:
«Buenos días señor Consejero.
Swedenborg.

Tres días después de
la noche fatal, Hermann
marchó a las diez de la mañan-
a al convento de xxx, donde
debían celebrarse los funera-
les por la difunta condesa.
Aunque no arrepentido, no po-
día sin embargo hacer callar
completamente la voz de la
conciencia que le repetía: «¡Tu

eres el asesino de la vieja!
No teniendo mas que escasa fe
tenia muchisimas supersti-
-ciones. Creia que la difunta
condesa podia influir ne-
-fastamente sobre su vida, y
se decidio a asistir a los
funerales para pedirle per-
-don.

La iglesia estaba llena.
Hermann pudo apenas a-
-brirse un camino entre la
multitud. El ataúd estaba
colocado sobre un rico cata-
-falco, bajo un pabellon de
terciopelo. La difunta es-
-taba tendida, con las
manos cruzadas sobre su
pecho, y llevaba una copia
de encajes, y un vestido de
raso blanco. Alrededor



Centro Documental
Archivo



Fundación
**ANASTASIO
DE GRACIA**

estaban sus familiares; los criados con trajes negros y cintas blasonadas a la espalda sostenían cirios: los otros parientes, hijos, nietos y bisnietos — en traje de riguroso luto. Nadie lloraba; las lágrimas hubiesen pasado por una «afectación». La condesa era tan vieja, que su muerte no podía consternar a nadie, y sus parientes la consideraban muerta hacía mucho tiempo. Un joven obispo, pronunció la oración fúnebre. En sencillas y emocionadas palabras, habló de la muerte espasmosa de aquella mujer justa, cuyos largos años

no fueron mas que una preparacion tranquila para un final cristiano. «El angel de la muerte, decia el predicador, la ha sorprendido valiente, en sus piadosas meditaciones, y en espera del prometido de media noche.»

El duelo se desarrollo con una triste cadencia. Los parientes avanzaron los primeros para dar el ultimo adios a la difunta.

Despues siguieron los numerosos imitados que habian venido para inclinarse ante la que desde hacia mucho tiempo habia tomado parte en sus firtiles placeres. Despues de ellos todos los criados, y

finalmente la doncella favorita de la difunta, tan nieta como ella. Dos muchachas la conducían sosteniéndolas por los brazos. No tenía fuerza para inclinarse hasta tierra, y solamente; solamente vertió algunas lágrimas, después de haber besado la fría mano de su señora.

Después de ello, Hermann se decidió a aproximarse al ataúd. Y inclinóse hasta tierra y estuvo algunos instantes prosternado sobre los fríos peldaños recubiertos de ramas de abeto; al fin se levantó tan pálido como la muerte, subió las gradas del catafalco y se inclinó.... En aquel momento le pareció

que la muerta le miraba con aire burlón, guiñándole un ojo. Hermann retrocedió precipitadamente, perdió pie y cayó pesadamente de espaldas. Le levantaron. Al mismo tiempo sacaban al atrio de la iglesia a Lisabetta Ivanovna, que se había desvanecido. Este episodio turbó por algunos minutos la solemnidad de la fúnebre ceremonia. Un sordo murmullo se elevó entre la asistencia, y un chambelán delgado, próximo pariente de la condesa dijo en voz baja al oído de un inglés que se encontraba cerca de él, que el joven oficial era

era el hijo natural de la difunta: a lo que el inglés respondió friamente: ¡Ah!

Durante todo el día, Hermann estuvo desasegado. Cenando en un pequeño restaurant solitario, bebió mucho, en contra de su costumbre, con la esperanza de aturdirse. Pero el vino no hacía más que sobreexcitar su imaginación.

De vuelta a su casa, se arrojó sin desnudarse sobre su lecho y se durmió.

Se despertó durante la noche; la luna iluminaba la habitación. Miró al reloj; eran las tres menos cuarto. No tenía sueño; se sentó en la cama y se puso a pensar en los funerales de la vieja condesa.

En aquel instante, al-
-quien miró a través de la
-ventana y se alejó inmedia-
-tamente. Hermann no prestó
ninguna atención. Un mo-
-mento más tarde oyó el
ruido de la puerta de la
-antesala. Hermann creyó que
su ordenanza, borracho se-
-gun costumbre volvería de
un paseo nocturno, pero oyó
un paso desconocido; alguien
-avanzaba arrastrando sus
pantuflos. La puerta se abrió;
una mujer vestida de blan-
-co entró en la habitación.
Hermann creyó que era su vi-
-ja nodriza y se asombraba
de verla a aquellas horas.
Pero la mujer blanca, desli-

-zante, se encontró bruscamente
frente a él, y Hermann recono-
-ció a la condesa.

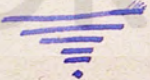
- He venido a tu casa con-
-tra mi voluntad, dijo ella
con voz firme; pero me han da-
-do orden de acceder a tu
-uego. El tres, el siete, y el ás,
ganarán mas a condición
de que no juegues otra vez;
ni una en tu vida. Mas de
jugar una carta cada día.
Te perdono mi muerte a con-
-dición de que te cases con
mi pupila Lissabetta Iva-
-nova.....

Habiendo dicho estas
últimas palabras, se volvió,
solemnemente, se dirigió hacia

la puerta, y desapareció a-
-rrastrando las pantuflas.

Hermann oyó el ruido de
la puerta del vestibulo, que
se cerraba, y vio que alguien
miraba de nuevo por la
ventana.

Hermann estuvo mucho
tiempo sin poder moverse. En-
-tró en la otra habitacion. Su
ordenanza tumbado en tierra,
dormia. Hermann pudo des-
-pertarle a duras penas. El or-
-denanza estaba borracho, y
no podia sacarse de el una pa-
-labra sensata. La puerta del
vestibulo estaba cerrada con
llave. Hermann volvió a en-
-trar en su habitacion, alum-
-bró una bujía y volvió a ver
la vision.



Centro Documental

-VI-

« Escuchad ¡ »
¿ Como habeis osado decirme
¡ esperad ! ?

Yo he dicho: ¿ quiere
esperarame su Excelencia. ?

Dos ideas fijas no pueden coexistir en la naturaleza moral, lo mismo que dos cuerpos no pueden ocupar simultaneamente el mismo espacio en el mundo fisico. El tres, el siete, el ves, marcarian bien pronto en la imaginacion de Hermann. la imagen de la vieja. El.

tres, el siete, el ás no abandonarían su espíritu, y en efecto, estaban siempre en sus labios. Al ver una muchacha decía « ¡ Qué bella es; un verdadero tres de cœur. Se le preguntaba; ¿ que hora es. ?; y respondía: « Un siete menos cinco. » Todo hombre que lo recordaba sin ás. El tres, el siete, el ás, le perseguían en sueños tomando todos aspectos imaginables. El tres florecía ante el bajo la forma de una magnífica magnolia; el siete figuraba-sele una portada gótica; el ás tomaba el aspecto de

una formidable araña. Todos estos pensamientos se fundieron en uno solo: utilizar el secreto que le había costado tan caro. Pensaba pedir el retiro y salir de viaje. Quería arañar el tesoro a la fortuna embriujada en las casas de juego de París. El azar le procuraría todo.

Se había formado en Moscú, un círculo de ricos jugadores bajo la presidencia del celebre Chekalinski, persona que pasó toda la vida jugando y que había amontornado millones, ganando letros de cambio, y no perdiendo dinero. Su larga experiencia le hizo merecer la confianza de sus amigos, y

su casa abierta. bien pronto se vió concurrida. Un célebre cocinero, y su amable trato le hicieron muy estimado del público. Se instaló después en Petersburgo, y los jóvenes se apresuraron a ir a su casa, olvidando los bailes por las cartas y prefiriendo las tentaciones del faraón a la seducción de las mujeres.

Narumov llevó a Hermann.

Atravesaron una serie de salas suntuosas, llenas de cortesés criados. Todas las habitaciones estaban plenas de gente. Algunos generales y consejeros, jugaban al wist: los jóvenes confortablemente arrelle-

•nados en divanes tomaban
helados y fumaban la pipa.
En el salón, frente a una lar-
-ga mesa, alrededor de la
cual se apretaban una veinti-
-fena de jugadores, estaba
sentado el dueño de la casa
que tenía la banca. Era
un hombre de unos sesenta
años y de aspecto respec-
-table; su cabeza estaba cu-
-bierta de cabellos de plata;
su cara redonda y fresca
respiraba bondad; sus ojos
brillaban con una sonri-
-sa continua. Naumov
presentó a Hermann. Che-
-Kaliniski le estrechó amig-
-tosamente la mano, se ex-
-cuso y continuó jugando.
La partida duró mu-

-cho tiempo. Mas de treinta cartas se encontraban sobre la mesa. Cherkalinski se detenía despues de cada jugada para permitir a los jugadores hacer sus puestas; inscribia las sumas perdidas, ~~esca-~~chaba cortesmente sus exigencias, y reparaba, con mas cortesia aun, las puntas de alguna carta, vuelto por tal cual mano distraida. Finalmente, las posturas hechas, Cherkalinski barajo las cartas y se preparo a darlas.

- Permitidme tomar una, dijo Hermann, tendiendo la mano por encima de un señor grueso, que apuntaba delante de el.

Chekalinski sonrió salu-
-dando en silencio con signo
de docil asentimiento. Naru-
-mov, felicitó a Hermann vien-
-do por el fin de su larga
cuaresma, deseándole un feliz
comienzo.

¡Va!, dijo Hermann mar-
-cando con la tiza su puesta.

¿Cuanto?, preguntó el ban-
-quero mirando asombrado.

¡Excusame, no veo bien!

Cuarenta y siete mil, res-
-pondió Hermann.

A estas palabras, todas
las cabezas se volvieron instan-
-táneamente hacia Hermann.

«¡Se ha vuelto loco!» pen-
-só Narumov.

Permitidme haceros cons-
-tar, dijo Chekalinski con su
sonrisa inmutable, que vuestro

juego es fuerte.!

¡ Bien lo sé, replicó Her-
mann: ¿ barajais una carta, si
o no. ?

Chekalinski saludó con
el mismo aire de humilde a-
sentimiento.

Desearia solamente ha-
-ceros constar, que estando hon-
-rado con la confianza de mis
amigos, no puedo empezar el
juego sin que el dinero esté so-
-bre la mesa. Por mi parte,
estoy persuadido de que vuestra
palabra basta, pero para el
buen orden del juego y de las
cuentas os ruego que pongais
el dinero.

Hermann sacó de su
bolsillo un billete de banco y
lo tendió a Chekalinski el
cual, despues de haberle

arrojado una mirada rápida
le depositó sobre la carta de
Hermann. Se puso a tallar.
Un nueve cayó a la derecha,
un tres a la izquierda.

¡Gané! dijo Hermann, mos-
trando su carta.

Un murmullo se elevó entre
los jugadores. Cherkalinski,
frunció las cejas, pero su sonri-
sa reapareció inmediatamente
en sus labios.

¿Deseáis que os pague? ?
preguntó a Hermann.

¡Os lo suego!

Cherkalinski sacó de su
bolsillo varios billetes y pagó
inmediatamente. Hermann
cogió su dinero y se alejó de
la mesa. Narumov no salía

de su asombro. Hermann
bebió un vaso de limonada.
¡Habéis jugado muy fuerte!
dijo aquel; aquí nadie a-
-punta mas de doscientos
setenta y cinco rublos...

Hermann se retiró a su
casa.

Al día siguiente por la
tarde, se presentó de nuevo en
la de Chekalinski. El dueño
tenia la banca. Hermann
se aproximó a la mesa; los
jugadores le hicieron sitio
inmediatamente. Chekalins-
-ki le saludó con amabili-
-dad. Hermann esperó una
nueva jugada; tomó una
carta y depositó sus cua-
-renta y siete mil rublos, mas
la ganancia de la víspera.

Chekalinski se puso a trabajar. Un valet cayó a la derecha, un siete a la izquierda.

Hermann descubrió un siete.

Los jugadores quedaron asombrados. Chekalinski se turbó aparentemente. Contó noventa y cuatro mil rublos y los tendió a Hermann; este, los cogió con sangre fría y se alejó inmediatamente.

La tarde siguiente, Hermann apareció de nuevo ante la mesa. Todo el mundo le esperaba: los generales y los consejeros habían abandonado su vista para ver un juego tan extraordinario. Los jóvenes oficiales se

levantaron precipitadamente de sus divanes; todos los criados acudieron al salón. Todo el mundo le rodeaba. Los otros jugadores dejaron sus cartas esperando con impaciencia, para ver como terminaba aquello. Hermann estaba ante la mesa preparándose para apuntar solo contra Chekalinski, pálido pero siempre sonriente.

Cada uno de ellos, abrió un paquete de cartas. Chekalinski las mezcló; Hermann tomó una carta y la cubrió con un montón de billetes de banco. Parecía un duelo a muerte. Reinaba un silencio profundo.

Chekalinski se puso a tallar; sus manos temblaban. Una dama cayó a la derecha, un ás a la izquierda.

- ¡El ás gana!, dijo Hermann y descubrió su carta.

Vuestra dama ha sido vencida dijo dulcemente Chekalinski.

Hermann se estremeció; en efecto, en lugar del ás, la dama de pic se encontraba ante él. No creía en sus ojos, no comprendía como había podido engañarse.

En aquel momento le pareció que la dama de pic le guiñaba el ojo y se sonreía. El parecido extraordinario

maris de helo.

¡La vieja!, gritó lleno de espanto.

Chekalinski tiró de los billetes hacia el. Hermann estaba inmóvil. Cuando se alejó de la mesa, las conversaciones subían de tono.

¡Un punto admirable! decían los jugadores.

Chekalinski batió de nuevo las cartas; el juego continuaba.

Fundación
ANASTASIO
DE GRACIA

— Conclusion —

Hermann se ha vuelto loco. Ha sido internado en el hospital de Obuchov, con el número diecisiete, no responde a ninguna pregunta y siempre está susurrando muy de prisa; ¡El tres, el siete, el as! ¡El tres, el siete, el as, la dama!...

Lissabetta Ivanovna se ha casado con un joven muy simpático; es funcionario y posee una bonita fortuna. Es hijo del antiguo administrador de la condesa. Li-

-ssobeta Ivanovna ha recogido como pupila a una muchacha pariente suya y pobre.

Tomski ascendió a capitán y se ha casado con la princesa Paulina.

-FIN-

Fundación
ANASTASIO
DE GRACIA

— La señorita campesina —

Eres hermosa abnita mia.
Con no importa que adornos.
Bogdanovich.

La propiedad de Ivan Petrovich Berestof se encontraba en una de nuestras provincias mas alejadas. Durante su juventud habia servido en la guardia; se retiró a principios de 1797, y se instaló en su aldea para no abandonarla mas. Se habia casado con una mujer de familia noble

pero pobre, que murió de parto mientras el visitaba una de sus lejanas posesiones. Las ocupaciones que le proporcionaba la administración de su dominio, pronto le proporcionaron el consuelo y el olvido.

Hizo construir una casa con arreglo a un plano idealizado por él; montó una fábrica de tejidos, organizó la explotación y comenzó a ser considerado como el hombre más inteligente de la comarca, lo cual no era ~~contr~~ puesto en contradicción por sus vecinos, que le visitaban frecuentemente

Durante la semana, llevaba un traje de pana; los días de fiesta se ponía un redingote, de tela fabricada en sus telares. El mismo llevaba las cuentas, y no leía nada, excepto, «La Gaceta del Senado». En general se le quería aunque se le tuviese por orgulloso. Solamente no se entendió con el, su más próximo vecino Grigori Ivanovich Muromski. Era el verdadero tipo del Señor ruso. Viendo, después de haber dilapidado en Moscú la mayor parte de su fortuna, había venido a instalarse en la última aldea donde todavía tenía

alguna posesion; y en ella continuó sus extravagancias, pero de otro género. Hizo plantar un jardín inglés, cuyo entretenimiento le consumia casi todas las rentas. Sus palafreneros fueron vestidos de jockeys ingleses.

Su hija tuvo una miss inglesa. Hacia cultivar sus campos según el método inglés.

Pero, el trigo ruso no crece a la manera inglesa.

Y, a pesar de una disminución considerable de los gastos, las rentas de Grigory Ivánovich no aumentaban; en contrab-

medio de contraer deudas hasta en el campo. A pesar de esto, teniasele por hombre nada torpe, porque habia sido el primero de los propietarios rurales que hipotecó sus bienes al Consejo de Tutela; una operacion que parecia en aquella epoca extremadamente complicada y atrevida.

Berestof, era el mas severo de todos los que le criticaban. El odio a las innovaciones, era lo mas saliente de su caracter. No podia hablar con tranquilidad de la anglomania de su vecino, y encontraba

medio de criticarle a cada instante. Cuando enseñaba a algún invitado su dominio y aquel hacía el elogio de sus medidas administrativas, respondía: « ¡ Si!, en mi casa no sucede lo que en la de mi vecino Grigory Ivánovich. Nosotros nos contentamos con la moda rusa, y comemos todo cuanto tenemos gana. ». Decía esto con una sonrisita sarcástica. Celosos vecinos se apresuraban a contar a Grigory Ivánovich, las bromas que el otro le gastaba, y bastantes, las aumentaban y comentaban a su modo. El anglicmano soprestaba

Las críticas con tan poca paciencia como nuestros pe-
-riodistas; se encolerizaba
y trataba a su crítico
de oso y de provinciano.

Tales eran las relaciones
entre los dos propietarios, cuando
el hijo de Berestof llegó a la
aldea de su padre. Había hecho
sus estudios en la Universidad
de ** y tenía la intención de
entrar en el ejército; pero su pa-
-dre se oponía. El muchacho
no sentía ninguna disposi-
-ción para ser funcionario.
Ninguno de los dos quería ce-
-der, y el joven Alexei se dis-
-puso entre tanto a vivir en
plan de señor, dejándose

crear el bigote.

Alexei, era un guapo mo-
-zo. Seria una verdadera liasti-
-ma que su esbelta figura, no
realzase aun mas con el uni-
-forme militar, y que en lugar
de desfilas a caballo, debiese
pasar su juventud curvado
sobre los papeletes de una
Cancilleria. Viendolo de cara,
galopando siempre el primero,
sin cuidarse de la clase
de camino, los vecinos esta-
-ban de acuerdo en afirmacion
que hubiere hecho un mal
jefe de despacho. Las mucha-
-chas no se cansaban de
mirarle; pero Alexei no se
preocupaba de ellas, lo que
los hacia decir que unas

relaciones amorosas eran la causa. Y en efecto, pasaban de mano en mano la copia de la dirección de una de sus cartas: « A. Akulina Petrovna Kurotchikova, en Moscú, en casa del calderero Saveliev, frente al convento de San Alejo, con el ruego de remitir esta carta a A. N. R. »

Aquellos de mis lectores que no han vivido en el campo, no pueden imaginarse el encanto de las muchachas provincianas. Educadas en plena naturaleza, a la sombra de los manzanos de sus jardines, conocen el mundo y la vida a través de los libros. La soledad, la libertad, y la lectura desenvuelven en ellas sen-

timientos y pasiones descono-
cidos de nuestras belleras frivo-
las. Para estas muchachas, el
sonido de una campanilla es
ya una aventura; el viaje a
una ciudad vecina se conside-
ra como una época en su
vida; una visita deja un re-
cuerdo duradero, y a veces
inolvidable. Evidentemente cada
cual es libre de reír de algu-
nas de sus extravagancias, pe-
ro las bromas y burlas de
un observador superficial no
pueden destruir sus volu-
tades naturales, siendo
una de las más principales
esta particularidad de carac-
ter, esta "individualidad", en
la cual, según Juan Pablo

no hay grandeza humana.

Las mujeres reciben, tal vez, en las capitales una mejor educación, pero el gran mundo ha nivelado los caracteres y ha hecho las almas tan uniformes como los pináculos. Sea dicho esto, no como un juicio o una crítica, pero: «Nota nostra manet», como escribía un antiguo comentarista.

Es pues bien fácil imaginarse, la impresión que debía causar Alexei en el círculo de nuestras jóvenes. El era el primero en aparecer sombrío y desencantado; el primero en hablar de alegrías perdidas y de su juventud marchitada; además, llevaba una sortija

negra con una calavera. Todo esto era x tremadamente nuevo en el lugar. Las muchachas se volrian locas.

Pero la que mas se interesaba era la hija de nuestro anglicano, Lissa, o Betsy, como la llamaba siempre Gregory Ivanovich. Sus padres no se visitaban; Lissa pues, no habia visto todavia a Alexei, cuando las demas muchachas no hacian mas que hablar de el. Unos grandes ojos negros animaban su cara, de tinte moreno muy agradable. Era hija unica y muy mimada. Su vivacidad y sus travesuras incasantes, encantaban a su padre, y desesperaban a su

institutriz Miss Jackson, mu-
-jer de cuarenta años, llena de
-orgullo, con la cara y los ojos
-pintados, que recibia « Pamela »
-dos veces al año. Recibia por
-esto dos mil rublos y se abu-
-ria hasta morir en aquellos
-Barbara Rusia.

Lissa tenia una donce-
-lla, Nastia. Era de un poco
-mas edad que su ama, pero i-
-qual de aturdida que ella.
-Lissa la queria mucho, no te-
-nia secretos para ella y prepa-
-raba con ella los proyectos de
-trouesura; en una palabra,
-Nastia era en la aldea de
-Prilutchino un personaje mas
-importante que cualquiera
-confidente de tragedia francesa.

¿Me permitis hoy ir a una visita? dijo un día Nastia a su ama, mientras la ayudaba a vestirse

¡Sí! pero ¿adonde vas?

A Inguilov, a casa de los Berestof; es el santo de la mujer del cocinero, y ha venido ayer a invitarme a comer.

¡Esta bonito!, dijo Lissa, los amos disputan y los servidores beben juntos.

¡Y que nos importa a nosotros lo que hacen los amos! Además, yo os sirvo a vos, y no a vuestro padre. Por otra parte, que yo sepa, no habéis venido todavía con el joven Berestof; en cuanto a los viejos, que se pellen si eso les viene.

Nastia, trata de ver a Alexei Berestof, y luego me dirás que clase de persona es.

Nastia prometió hacerlo, y Lissa esperó con impaciencia su vuelta. Nastia volvió anocheido.

¡Pues bien Lissabetta Gri-gorienma! he visto al joven Berestof; he tenido ocasión de verle bien; ha pasado todo el día con nosotros.

¿Como ha sido esto?
Cuenta, cuenta todo desde el principio.

Empezaré: hemos salido, yo, Anissia Egorovna, Nenila, Dunka....

¡Esta bien, ya lo sé! ¿y después?

Permitidme; os cuento todo desde el principio: Hemos llegado justo a la hora de comer. La habitacion estaba llena de gente. Estaban los de Kalbino, los de Zachariev, la mujer del intendente con sus hijas, la del de Klupino....

¡Si! pero, ¿y Berestof.?

¡Esperad! os digo. Nos hemos sentado a la mesa, la mujer del intendente en el sitio de honor, yo, a su lado... aunque sus hijas se enfurruñarán; pero yo las escuipo....

¡Ah Nastia, que enfadosa eres con tus pequeños detalles!

¡Que ingrata sois! Nos hemos levantado de la

mesa.... despues de cerca de tres horas.... el menu era excelente; de postre, queso blanco, arroz, rojo, helado... ¡Bien!; hemos dejado la mesa y nos hemos ido al jardin, a jugar a la gallina ciega; y entonces es cuando ha aparecido el joven señor.

¿Es cierto que es tan guapo.?

Muy guapo: Alto, esbelto, los ojos azules....

¡Calla, y yo que creia que era de cara pálida!. A ti, ¿como te ha parecido.?. ¿Triste, sonador.?

Vamos por partes. Yo no he visto nada mas animado ni mas estreido. No ha encontrado

nada mejor, que ponerse a jugar con nosotras a la gallina ciega.

¡Jugar con nosotras a la gallina ciega! ¡Imposible!

Muy posible. ¿Y sabéis lo que ha inventado? En cuanto atrapaba a una, la besaba.

¡No lo creo Nastia! ¡Tu mientes!

No me creáis si no queréis, pero no miento. Yo, misma, a otras penas he podido huir. Ha estado todo el día con nosotras.

¿Por que dicen entonces, que está enamorado y que no mira a nadie.?

Lo no se nada de esto.

A mi no me ha quitado los
ojos, ni a Tania, la hija del in-
-tendente, ni a Pache de Kolbino;
y además hay que decirlo: no
ha olvidado uno el picaro.

¡Es asombroso!. ¿Y que di-
-cen de el sus gentes.?

Dicen que es un excelente
señor; bueno y alegre. Una cosa
tiene de malo; le gusta mucho
correr detrás de las criadas. Pero
segun mi opinion esto no es
nada malo; además, se le pasa-
-rá con el tiempo.

- Como me hubiera gustado
verle, dijo Lissa suspirando.

¿Que tiene eso de difícil.?
Tugulovo no está lejos; tres
verstas apenas. Dé un paseo
por ese lado, a pie ó a caballo,
y le encontraréis seguramente.

El sol de caza todos las
mañanas.

- Eso no está bien. Po-
-dría pensar que como troyes el.
Por otra parte, nuestros padres
están enojados, y yo no puedo
entablar con el relaciones de
amistad.... ¡Ah! Nastia;
¿sabes tu que.?. Me vestire de
Campesina.

- ¡Es una excelente idea!
Poneros una camisa de tela
burda, un sarafán, y marchad
atendidamente a Tuguloro;
os garantizo que Berestof
no faltará al encuentro.

- Yo hablo bien el dialecto
de aquí. ¡Ah Nastia, mi querida
Nastia, que excelente idea!

Y Lissa se acostó con la
intención bien decidida de

poner en práctica su atrevido proyecto. Comenzó su realización al día siguiente por la mañana: emitió a buscar en el mercado, tela burda, nankin azul, y botones de cobre; con la ayuda de Nastia se hizo una camisa y un sarafán; puso a coser a todas las criadas, y todo estuvo preparado para la tarde. Lissa se probó su nuevo traje, y debió reconocer, al mirarse en un espejo, que nunca había estado tan guapa. Repitió su papel: saludó muy bajo según andaba, y después movió la cabeza varias veces como los gatos de porcelana; hablaba el dialecto, y se iba vultandose la cara con la

manga; mereció plenamente la aprobación de Nástia. Una dificultad sin embargo, se había presentado: había ensayado andar con los pies desnudos, pero la hierba picaba sus pies tiernos y la arena y los menudos guijarros le parecían insoportables. Nástia vino en su ayuda una vez más; la tomó medida y corrió a casa del pastor Trófimo y le encargó un par de «bapti.»

Al día siguiente, Lissa se despertó antes del alba. Todos dormían aun en la casa. Nástia esperaba al pastor delante de la puerta cochera. Se oyó su cherno

y el rebaño de la aldea pasó
ante la casa del señor. Triplino
entregó a Nastia un par de
pequeños «lapti», y recibió en
recompensa cincuenta copers.
Lissa, sin hacer ruido se dispa-
-zó de campesina, dió en voz
baja algunas instrucciones a
Nastia, sobre todo en lo que
concernia a Miss Jackson, salió
de la casa por la puerta de
servicio, y atravesando el huerto,
salió al campo.

La aurora brillaba al
este y las nubes, en filas dura-
-das parecían esperar al sol
como los cortesanos esperan
al rey; el cielo claro, la frescu-
-ra matinal, el viento ligero
y el canto de los pájaros, lle-

inaban el corazon de Lissa de alegria juvenil. Temiendo encontrar a algun conocido, marchaba tan deprisa que parecia volar. Al aproximarse al bosque donde se encontraba el limite de la propiedad de su padre, Lissa disminuyo el paso. Era alli el sitio donde debia esperar a Alexei. Su corazon latia con fuerza, sin que supiese porque. Pero el miedo que acompaña a las travesuras juveniles, es su encanto principal.

Lissa entro en la penumbra del bosquecillo. Un ruido sordo la saludo. Su loca alegria se calma. Poco a poco, se sintió invadir por un ensueño dulce. Pensaba....

pero, ¿puede decirse exactamente en que piensa una muchacha de diecisiete años, sola en un bosque, a las seis de una mañana primaveral. ? Avanzó pensativa por un camino bordeado de grandes árboles, cuando de pronto, un hermoso perro de cara, ladró cerca de ella. Lissa espantada gritó. En el mismo instante, oyóse una voz: «Tout beau, S bogar, ici ! » y un hombre joven apareció de detrás de un matorral.

¡ No tengas miedo hermosa ! dijo a Lissa, mi perro no muerde.

Lissa había tenido tiempo de reponerse de su espanto, y supo sacar provecho de las circunstancias.

Pero barin (como), dijo, fingiendo estar medio espantada, medio intimidada; he tenido miedo; tiene el aire tan amenazador; va a arrojarse todavía sobre mi.

Alexei (el lector ya le ha reconocido.) miraba mientras con insistencia a la joven campesina.

Yo te acompañaré si tienes miedo. ¿Me permitirás que vaya a tu lado.?

¿Quién te lo impide? respondió Lissa. Cada cual es libre de hacer lo que quiera, y el camino es de todos.

¿De donde eres.?

De Prilutchino; soy la hija de Nassili el herrero. Voy buscando setas (Lissa llenaba

Centro Documenta
Archivio



Centro Documental
Archivo



Fundación
**ANASTASIO
DE GRACIA**

una cestita) ¿Y tu, borin.?

¿Eres de Tuguilovo.?

En efecto, respondió Alexei.
Soy el ayuda de cámara del
joven señor.

Alexei quería ponerse a su
nivel, pero Lissa le miró riendo.

Tu mientes, dijo ella; yo
no soy una imbecil. Bien ves
que eres el amo mismo.

¿Por que lo piensas.?

¡Eso se ve!

¡Sin embargo!

¿Como no distinguí entre
un amo y un criado.?

Vas ves-
tido de otra manera, y llamas
a tu perro en lengua extran-
jera.

Lissa encantaba cada vez
mas a Alexei. Siguiendo la

quiso cogéla por el talle,
pero Lissa se apartó vivamen-
te y adoptó una actitud tan
severa y fría, que Alexei, aun
encontrado aquello divertido
desistió de renovar la tenta-
tiva.

Si quiere que seamos a-
migos en adelante, dijo ella
con dignidad, es necesario
que permanezca tranquilo.

¿Quién te ha enseñado
estas cosas.?, preguntó A-
lexei riendo. ¿No habría
sido mi amiga Nastenka
la doncella de nuestra ama.?

Por ella se estas cosas.

Lissa comprendió que
se salía de su papel y se
reproso.

¿Crees tu que no voy
nunca a casa de los señores?
Se aprende mucho mirándoles
y escuchándoles.

Sin embargo, no es tra-
-blando contigo como voy a co-
-ger las setas. ¡Continúa tu
camino, barin y yo tomare
el mío! ¡Adios!

Lissa quiso alejarse, pero
Alexei la retuvo de la mano.

¿Como te llamas almita
mia.?

Akulina, respondió Lissa
probando a liberar su mano.
Pero, dejame barin, es necesario
que vuelva a mi casa.

Pues bien, mi amiga
Akulina; es necesario, absoluta-
-mente necesario que yo vaya a

tu padre Basili el herrero.

¿Que? replicó Lissa con vivacidad. No rayas por el amor de Jesucristo. Si el sabe que he hablado con un señor, sola en un bosque, me sucedería algo malo; mi padre Basili el herrero me daría una paliza de muerte.

Pero yo necesito volver a verte.

Bien, pasare por aqui para buscar las setas.

¿Cuándo?

Mañana por ejemplo.

Querida Akulina, quisiera abrazarte, pero no me atrevo. Mañana a la misma hora. ¿No es esto?

Si, si.

¿Vendrás de verdad?

Vendré

¡juro!

Lo juro por el viernes san-

-to.

Los jóvenes se separaron. Lissa salió del bosque, atravesó el campo, se deslizó furtivamente por el jardín y corrió a toda velocidad hacia la granja. Nastia la esperaba allí. Cambió sus vestidos respondiendo distraitamente a las preguntas de la impaciente, y se dirigió al comedor. El desayuno estaba servido y Miss Jackson aprisionada en su corset, cortaba el pan en ro-

-dajas. Lissa recibió las felicitaciones de su padre por el paseo matinal.

Nada más sano, dijo, que levantarse con el alba.

Aquí, citó varios ejemplares de longevidad sacados de periódicos ingleses, haciendo notar que todos los que han vivido más de cien años, sin beber jamás aguardiente y levantándose temprano siempre estuvieron fuertes. Lissa no le escuchaba. Repasaba en su pensamiento los sucesos de aquella mañana; la conversación de Akulina con el joven señor, y empezó a tener remordimientos. En

vano queria persuadirse de que la entrevista se habia deslizado dentro de los límites del decoro; que aquella travesura no podia tener ninguna consecuencia — la voz de su conciencia hablaba mas alto que su razon. La promesa de verle al dia siguiente la inquietaba mas: pensaba en no repetir un juramento solemne. Pero y si Alexei habiéndola esperado en vano, iba a la aldea a buscar a la hija de Basili el herrero, la verdadera Kulina, una muchacha gorda, de cara mofletuda y descubria la

supercheria. ? Esta idea la
espantaba, y decidió ir
de nuevo al día siguiente
al bosque, como tal Arkulina.

Alexei, por su parte,
estaba encantado; todo
el día pensó en su nuevo
conocimiento. Durante la
noche, la imagen ^{de} la her-
mosa muchacha morena,
le perseguía en sueños.

Apenas amaneció, ya es-
taba vestido. Sin tomar-
se la molestia de cargar
su escopeta salió con su
fiel Sbogor y corrió hacia
el sitio de la cita prometi-
da. Esperó con impaciencia
cerca de una media hora,
antes de distinguir a través

de las malezas, el sarafán azul, y se precipitó al encuentro de su querida Arkulina. Ella sonrió a los transportes de su pasión, pero Alexei notó en seguida, en su cara rasgos de tristeza y de inquietud. Quiso conocer la causa. Lissa le declaró, que su conducta le parecía ligera, que estaba arrepentida. No quería faltar a su palabra, pero aquella entrevista sería la última, y le rogaba que se interrumpiera todo, puesto que tal amistad no podía conducir a nada bueno. Todo esto,

lo dijo naturalmente en el «patois» campesino; pero aquellos pensamientos y sentimientos en una mujer del pueblo extrañaron a Alexi. Usó de toda su elocuencia para hacer volver a Atkulina de su decisión; la asegura de la pureza de sus sentimientos; la prometió no darle motivos de queja; obedece en todo; la imploró que no la privase del solo consuelo de verla; verla solamente cada dos días, dos veces por semana aunque no fuera más. Hablaba el lenguaje de la verdadera pasión, y en aquel momento estaba realmente

enamorado. Lissa le escuchaba en silencio.

- Dame tu palabra, dijo ella al fin, de no buscarme jamás en la aldea, de no preguntar a nadie por mí. Prométeme no intentar otras entrevistas que las que yo te fije.

Alexei quiso jurar por el Viernes Santo, pero Lissa, sonriendo le interrumpió.

No tengo necesidad de juramentos; tu palabra me basta.

Después de esto, charlaron amistosamente, paseándose por el bosque, hasta que Lissa dijo.

« ¡ Ya es la hora! »

Se separaron, y Alexei, una vez solo, no podía comprender cómo una simple aldeana, a la

que no había visto más que dos veces, podía haber tomado sobre el tanto ascendiente. Sus relaciones con Akulina tenían para él, el encanto de la novedad, y aunque las condiciones impuestas por la extraña campesina, le parecían muy duras, no se le ocurrió la idea de faltar a su juramento.

Y es, que Alexei, a pesar de la sortija fatal, a pesar de la correspondencia secreta, y a pesar de su aire sombrío y desencantado, era en el fondo un muchacho bueno y ardiente, y un corazón puro, capaz de saber apreciar la dulzura de la inocencia

Si yo no atendiese mas que a mis deseos, describiria con todo detalle los encuentros de estos muchachos, su afecto mutuo y cada dia mayor, su confianza, sus ocupaciones, sus conversaciones. Pero yo se, que la mayor parte de mis lectores no participa de mi opinion. Estos detalles parecen generalmente insipidos. Los omitire pues, diciendo tan solo que a los dos meses escasos, Alexei estaba perdidamente enamorado; en cuanto a Lissa, no lo estaba menos. Eran dichosos al presente, y pensaban poco en el porvenir.

El pensamiento de los lazos indisolubles, pasaba

con bastante frecuencia su espíritu; pero no se hablaban nunca de esto. La causa era clara: Alexei a pesar de toda su pasión por la encantadora Arkulina, no podía olvidar la distancia que existía entre él y una pobre campesina; en cuanto a Lissa, sabiendo el odio que separaba a sus padres, no podía pensar en una reconciliación. Además, su amor propio estaba secretamente atormentado por una esperanza oscura y romántica de ver al fin, al propietario de Trguilovo a los pies de la hija del herrero de Prilutchino.

Un suceso importante hizo modificar bruscamente sus relaciones mutuas.

Una mañana clara y fría (de las que están ricas nuestro otoño ruso) Ivan Petrovich Berestof partió a caballo para dar un paseo, llevando con él, por si acaso, tres pares de libeles, un escopetero y algunos muchachos a manera de operadores. A la misma hora, Grigory Ivanovich Muromski, dejándose seducir por el buen tiempo, hizo ensillar su caballo y salió al trote a dar una vuelta a su propiedad. Al aproximarse al bosque, vio a su vecino, vestido con una casaca forrada de piel de zorro, muy altiro en su silla, ~~esperando~~ la liebre que los muchachos se preparaban a sacar de un matorral

riendo fuertes gritos. Si Gri-
-gory Ivánovich hubiese po-
-dido prever este encuentro,
ciertamente habría dado me-
-dia vuelta; pero cayó sobre
Berestof, tan de pronto, que se
encontró frente a él, a la
distancia de un tiro de pis-
-tola. ¡No había nada que
hacer! Murómstsi, en euro-
-peo bien educado, avanzó
hacia su enemigo y le sa-
-ludó cortesmente. Berestof
respondió con un movi-
-miento parecido al de un
oso que saluda obedeciendo
a su domador. En este mo-
-mento, una liebre salió del
bosque, corriendo a través
del campo. Berestof y su
escopetero se pusieron a gitan,

salta-ron los perros y parti-eron a galope en su seguimien- to. El caballo de Muromski, que nunca habia asistido a una caceria, tuvo miedo y se desbo- co. Muromski que se considera- ba un excelente jinete, le dejó correr, contento en su fuero interno, del azar que le desem- barazaba de un interlocu- tor desagradable. Pero el cabalgadura, llegó a un joso que no habia visto y cayó de- sacozomando al jinete. Habiendo caido con todo su peso sobre la tierra helada, quedó allí; maldiciendo a su caballo, que se paro tan pronto como se sintió desembarazado del jinete. Ivan Petronich, se

aproximó a él galopando y le preguntó si se había hecho daño. El escopetero entretanto había cogido al caballo culpable y le traía por la brida. Ayudó a Muromski a montar, y Berestof le invitó a que reposase un momento en su casa. Muromski que se consideraba obligado, no pudo rehusar, y Berestof tuvo la satisfacción de entrar en su casa triunfador, trayendo una liebre, y a su enemigo herido y casi prisionero.

Durante la comida, los vecinos charlaron bastante amistosamente. Muromski pidió a Berestof

un coche, declarando que no podía entrar en su casa a caballo, a causa de sus contusiones. Berestof le acompañó hasta la uedra, y Murumski no partió sin tener la palabra de su vecino, de cenar con él al día siguiente en Prilutchino, con Alexei.

De este modo, aquel antiguo odio, tan profundamente arraigado, parecía terminado gracias al espanto de un caballo.

Lissa corrió al encuentro de Grigory Ivanovich.

¿Que te ha sucedido papá? preguntó ella con sorpresa. ¿Por que caíste? ,

¿Donde está tu caballo? ¿De
quien es este coche?

No lo ordinarias ciertamente my dear, respondió Grigory Ivánovich, y la contó todo lo sucedido.

Lissa no daba crédito a sus oídos. Grigory Ivánovich, sin dejarla tiempo a rehacerse, la anunció que los dos Berestof vendrían a comer al día siguiente.

¿Que decís?, exclamó Lissa palideciendo. ¡Los Berestof padre e hijo! ¡Comerán mañana con nosotros! ¡No, papá, como quieras, pero yo no saldré por nada del mundo.

¿Has perdido la razón?
replicó su padre. ¿Desde cuando
eres tan tímida?... ¿es que tie-
-nes hacia ellos un odio heredi-
-tario como una heroína ro-
-mántica.? ¡Vamos, no digas
tonterías!....

-No papá, por nada del
mundo, por ningún tesoro
compareceré ante los Berestof.

Grigory Ivanovich alzó
los espaldas y no discutió
más, porque sabía que no
obtendría nada llevándola
la contraria, y se fue a re-
-posar su notable paseo.

Lissabetta Grigorievna
se retiró a su habitación e
hizo llamar a Nastia. Las
dos discuten ampliamente

sobre la visita del día siguiente. ¿Que pensaría Flexi si reconocía en la señorita bien educada a su Akulina? ¿Que concepto se formaría de su conducta y de su buen sentido? Por otra parte Lissa quisiera ver, que impresión haría sobre él un encuentro tan inesperado...

Una idea le acudió rápidamente al espíritu. Se la comunicó a Nastia. Las dos se regocijaron grandemente con la idea y decidieron ponerla en práctica.

Al día siguiente, al desayunar, Grigory Ivanovich preguntó a su hija si seguía pensando en ocultarse a los Beretsof.

Papia, respondió Lissa; los recibiré si tal es tu deseo; pero en una condición: haga lo que haga no me regañes y no des muestra ni de asombro ni de descontento.

¡Tu prepararás alguna travesura! dijo riendo Grigory Ivanovich. ¡Está bien, consiento! Haz lo que quieras mi querida granujilla de ojos negros.

Dicho esto la besó en la frente, y Lissa corrió a hacer sus preparativos.

A los dos en punto, un coche de seis caballos entró en el portio y paró ante la puerta. El viejo Berestof subió la acera acompañado por dos lacayos de Muromski, de librea. Su hijo que había llegado á caballo un poco después, entró con su padre

en el comedor, cuya mesa esta:
-ba ya preparada. Murovski, re-
-cibio a sus vecinos con gran ama-
-bilidad, ofreciendoles enseñar-
-les antes de comer el jardin y
-la coleccion de animales, y asi,
-dieron un paseo por los cami-
-nitos extremadamente cuida-
-dos y cubiertos de arena fina.

El viejo Berestof deploraba in-
-teriormente el trabajo y el
-tiempo perdidos en tales fan-
-tasias inuitiles, pero se callaba
-por cortesia. Su hijo no
-participaba ni del descon-
-fento del propietario economi-
-co ni del entusiasmo del an-
-glomano; esperaba con im-
-paciencia la aparicion de
-la hija de Murovski de
-la que habia oido hablar mucho.

y aunque su corazón estuviere ya captado como sabemos, una joven belleza tenía siempre derecho a la curiosidad de su imaginación.

De vuelta al salón, se sentaron los tres; los viejos se pusieron a evocar el pasado y las anécdotas de su servicio militar; en cuanto a Alexei, reflexionaba ^{sobre} ~~en~~ el papel que iba a representar en presencia de Lissa. Decidió, que una actitud distraidamente frívola sería la más apropiada, y se preparó a ello.

La puerta se abrió; volvió la cabeza con una tal indiferencia, con una negligencia tal, que hubiere hecho estremecer el corazón de la peor coqueta. Desdichadamente, en lugar de Lissa, fue la vieja miss Jackson, encorvada y con los ojos bajos la

que entró haciendo una pequeña reverencia; y la magnífica maniobra militar de Alexei, fue inútil. A penas tuvo tiempo de reunir nuevas fuerzas, cuando la puerta se abrió nuevamente, y esta vez, fue Lissa la que entró. Todo el mundo se puso en pie; Mironski empezó a hacer las presentaciones, pero se paró bruscamente mordiendo los labios.... Lissa, su morena Lissa, tenía la cara maquillada de blanco hasta las orejas, los ojos más retocados que los de miss Jackson; se había puesto unos bucles postizos de un tinte mucho más claro que sus cabellos, parecidos a una peluca a lo Luis XIV; unas mangas a lo «imbecil» muy almidonadas como las de los

retratos de Madame de Pompa-
-dour; su cuerpo estaba de tal
manera enconsetado, que parecía
una X, y todos los diamantes
de su madre, no empeñados to-
-davía en el Monte de Piedad, bri-
-llaban en su cuello, en sus dedos,
en sus orejas. Alexei no pudo
reconocer a su Fekulina en aque-
-lla señorita brillante y ri-
-dicula. Su padre besó la mano
de Lissa, y él siguió su ejemplo
a regañadientes. Cuando tocó
sus pequeños y blancos dedos,
le pareció que temblaban. Tuvo
tiempo de apereibir un pie
pequeño, un dibujo, y calzado
con toda la coqueteria posible.
Esto le reconcilió un poco con
el resto de la toilette. En lo
que concierne a los aperites

deada en simplicidad de co-
-raron ni los echó de ver en el
instante ni los notó más tarde.

Grigory Ivonovitch, se
acordó de su promesa, e hizo
un esfuerzo para no mostrar
su asombro; pero la travesura
de su hija le pareció tan
divertida que apenas podía
contenerse. En cuanto a la
inglesa a pesar de su incope-
-tamiento, sentía tentaciones
de reír. Adivinaba que los afi-
-tes habían sido sustraídos
de su cimiento, y un sombrío
rubor de despecho se notaba
a través de la blanquea ar-
-tificial de su cara. Dirigía
miradas rencorosas sobre
la alceado muchacha, y de-
-jaba para otra ocasión las

explicaciones; mientras, fingie-
no notar nada.

Se sentaron a la mesa.
Alexei continuo desempeñando
su papel de distraído y de soña-
dor. Lissa haciendo mil caran-
toñas, hablaba oí flor de labios,
y unicamente en frances. Su
padre la miraba sin cesar, sin
comprender nada pero encon-
traba todo aquello muy divertido.
La inglesa hablaba, pero no de-
cia una palabra. Solo Ivan
Petronich estaba como en su casa;
comia como dos, bebia a su
gusto, reia de sus propias bromas,
cada vez se mostraba mas amigo,
y reia siempre.

Levantaron los manteles;
los invitados marcharon, y

Grigory Ivanovich pudo dar
libre curso a su risa y a sus
preguntas.

¿Por que has querido mi-
ficarlos?, preguntó a Lissa. ¿Sa-
bes una cosa?. El blanco te
va muy bien; yo no entro en
los misterios de la toilette fe-
menina, pero en tu lugar, yo
me daría todos los días un
pochito; no mucho.

Lissa estaba encanta-
da del éxito de su disfraz.

Besó a su padre, y le prometió
seguir sus consejos y corrió a
apaciguar la irritación de
miss Jackson; esta no consin-
-tió si no a duras penas abrir
la puerta y aceptar sus excu-
-sas. Lissa la explicó que ha-
-bia tenido vergüenza de
mostrarse a los extraños con

su tinte moreno; ella no había usado pedirlo... estaba persuadida de que la buena, la querida miss Jackson la perdonaría etc etc.... Miss Jackson comprendió que Lissa no había tenido la intención de ponerla en ridículo, se calmó, y en prueba de reconciliación, besó a Lissa y la regaló un botecito de crema inglesa, que aquella aceptó con transportes de sincero reconocimiento.

El lector habrá advertido que Lissa no faltó a la lustrista del día siguiente en el bosque.

¿Has estado ayer en casa de nuestros amos barin.?, dijo ella enseguida a Alexei. ¿Te ha gustado la señorita.?

Alexei respondió, que casi no se habia fijado

¡ Que lástima, dijo Lissa.

¿ Por que. ? preguntó Alexei.

Porque te hubiera preguntado si lo que se dice es verdad.

¿ Y que se dice. ?

Dicen que me parezco a ella.

¡ Que absurdo!; es un monstruo a tu lado.

¡ Ah barin, es un pecado hablar así! : muestra señorita es tan blanca, tan elegante.... ¡ Que comparación conmigo!

Alexei la juró, que ella era mas bonita que todas las blancas señoritas, y para asegurarla, se puso a describir

a su ama, de una manera tan
cómica, que Lissa reía de todo
corazon.

Sin embargo, dijo ella sus-
pirando, si la señorita, es,
tal vez ridicula, yo no soy a
su lado mas que una tonta
que no sabe ni leer ni escribir.

¡Vaya una desdicha! re-
plicó Alexei. Si tu quieres, yo
te enseñaré y aprenderás
pronto.

¿De verdad.? dijo Lissa,
¿Por que no probamos.?

Si tu quieres, querida
mia, podemos comenzar en-
seguida.

Se sentaron. Alexei sacó
de su bolsillo un lápiz y un
cuadernito. Atulina aprendió

el alfabeto con una rapidez asombrosa. Alexei estaba lleno de admiración por su inteligencia. Al día siguiente, por la mañana quiso aprender igualmente a escribir. Al principio el lápiz no quería obedecer, pero al cabo de algunos minutos se puso a dibujar las letras de una manera bastante correcta.

¡Que prodigio!, decía Alexei. Aprendes más a prisa que con el método Lancaster.

Y en efecto, desde la tercera lección, Akulina sabía ya escribir. « Natalia, hija de Boyardo. » Ella inte-

comenzaba la lectura con reflexiones, que sumían a Alexei, en una estupefacción real, y llenaba hojas enteras con trozos sacados de dicha novela.

Al cabo de una semana se estableció entre ellos una correspondencia. La casa de correos, que pudieramos llamar, se instaló en el hueco de una vieja encina. Nastia desempeñaba discretamente el oficio de cartero. Allí depositaba Alexei sus cartas, escritas en gruesos caracteres; y allí encontraba las cartas de papel burdo y azul abiertas con los garrochitos de su bien omada

Akulina se acostumbraba visiblemente a un estilo mejor, su espíritu se desenvolvía y se instruía.

Mientras tanto el conocimiento empezado desde hacia tan poco tiempo entre Ivan Petronich Berestof, y Grigory Ivanovich Muromski, se hacia cada vez mas intimo, y se transformó bien pronto en amistad debido a las siguientes circunstancias:

Muromski pensaba con frecuencia, que Alexei, heredaria despues de la muerte de Ivan Petronich todos los bienes de este, y se convertiria en este caso en

uno de los mas ricos propie-
-tarios de la provincia; por
otra parte el no veia ninguna
razon que impidiera a Alexei,
casarse con Lissa. El viejo Be-
-restof, a su vez, reconociendo
en el ciertas extravagancias
(o como el decia, sus locuras
inglesas) no podia negarle
numerosas y excelentes cua-
-lidades; ademas, Grigory
Ivanovich era próximo pa-
-riente del conde Pruski, un
personaje celebre y podero-
-so: el conde podria ser
muy util a Alexei, y Mironi-
-ki (asi pensaba Ivan Petro-
-vich) se quedaria muy sa-
-tisfecho con un matrimonio

tan ventajoso.

Tanto pensaron los viejos, cada uno de por sí, en este proyecto que acabaron por decirse lo el uno al otro. Se abrazaron, prometiéndose hacer lo necesario para llevarlo a feliz término, y cada cual puso manos a la obra. Murómiski tenía la difícil tarea de persuadir a Betsy, y hacerla ver, que convenia tratar mas a Alexei a quien no habia vuelto a ver desde la memorable comida. Parecia que los muchachos no se agradaban mucho; desde luego Alexei no habia vuelto a Prilutchino, y Lissa se

retiraba a su habitación cada vez que Ivan Petrouich los honraba con su visita.

« Pero, pensaba Grigory Ivanovich, Betsy acabaría de todos modos por enamorarse de Alexei, si este viene a vernos todos los días. Está en el orden de las cosas. El tiempo arreglará todo. »

Ivan Petrouich tenía menos preocupación a este respecto. La misma tarde llamó a Alexei a su despacho, encendió su pipa y le dijo después de un corto silencio:

¡ No me hablas desde hace mucho tiempo de entrar en el ejército. ¿ Te gustaría el uniforme de husar. ?

No, padre, respondió res-
-petuosamente Alexei; yo sé que
eso es desagradable, y mi de-
-ber es obedecer.

¡Está bien! continuó
Ivan Petronich; sé que eres
un hijo obediente; esto me
agrada. Por mi parte, no
quiero contrariarte; no te
obligo a desempeñar
... enseguida... un puesto
en la Administración; pero
mientras tanto, tengo la in-
-tención de casarte.

¿Con quien papá?

Con Lissabetta Grigo-
-rievna Murovskii, respondió
Ivan Petronich. ¿No la encon-
-tras una excelente novia?

Yo no pienso todavía
en el matrimonio papá

Es necesario entonces que
piense yo por ti.

No, padre mio; Lissa Murons-
-ki no me gusta nada.

Te agradecería mas tarde.
El amor viene con el tiempo.

- No me siento capaz de ha-
-cer su dicha.

Eso no es incumbencia
tuya. ¿Es asi como respetas
la voluntad de tu padre?
¡Esta bonito!

Yo no quiero casarme y
no me casare.

¡Tu te casaras, o te malde-
-cure y vendere - lo juro por
Dios - mis propiedades, gasta-
re todo y no te dejare nada,
ni un centimo. Te concedo tres
dias para reflexionar, y entre
tanto, no uses presentarte ante

mi.

Alexei sabia muy bien que si su padre se le metia una idea en la cabeza, no se le podia sacar « ni con un clavo. », siguiendo la expresion de Tarass Skotinin.; pero Alexei se parecia en esto mucho a su padre: era tambien muy dificil hacerte cambiar de opinion.

Entró en su habitacion y se puso a reflexionar acerca de los limites del poder paterno; despues pensó en Lissabetta Grigorierna, en la amenaza solemne de su padre de reducirle a la mendicidad, y finalmente, en Atulina. Se dió cuenta, por primera

vez de que la amaba opresio-
-nadamente; la idea romanti-
-ca de casarse con una cam-
-pesina y de vivir de su trabajo
le vino al espíritu; pensaba
en este acto definitivo y le pa-
-recia razonable.

Las citas en el bosque se
habían interrumpido desde hacía
algun tiempo a causa de las
lluvias. Alexei escribió una carta
a Arkulina, en caracteres bien
legibles y en estilo sencillo; la
anunciaba el peligro que les
amenazaba, y le proponía
el matrimonio. Llevó inme-
-diatamente la carta, al hueco
del árbol, y se acostó contento
de sí mismo.

Al día siguiente, Alexei siempre firme en su resolución, salió para visitar a Murómstai y tener con él una franca explicación. Esperaba conseguir su generosidad y traerle a su bando.

- Grigory Ivánovich, ¿está en casa.?, preguntó parando su caballo ante la casa de Prilutchino.

No señor, respondió un criado. Grigory Ivánovich está ausente desde esta mañana.

¡«Que lástima!» pensó Alexei.

¿Y Lissabetta Grigoriévna, está.?

Sí, señor.

Alexei, saltó a tierra, dió la brida al lacayo, y entró sin hacerse anunciar.

« Todo se decidirá. » pensaba al aproximarse al salón: « tendré una explicación con ella misma. »

Entró... y se paró estupefacto. ¡ Lissa, no, Akulina, su querida y hermosa Akulina, no con sarafán, sino con un traje blanco de mañana. Estaba sentada al lado de la ventana y leía su carta.

Ella, estaba tan absorta en su lectura que ni le oyó entrar. Alexei no pudo retenir una exclamación de alegría. Lissa, temblando, levantó la cabeza, dió un

grito y quiso huir. El se lanzó a retenerla:

¡Akulina! ¡Akulina!
Lissa forcejeaba por librarse.

- Pero, déjeme señor. ¿estais loco? repetía ella.

- ¡Akulina, mi amiga Akulina, decía Alexei besándola las manos.

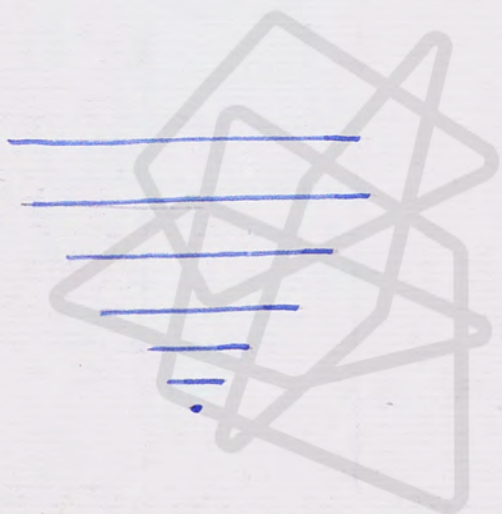
Miss Jackson, testigo de esta escena, no sabía que pensar. En aquel instante se abrió la puerta y Grigory Ivanovich entró.

- ¡Ah! ¡Ah! dijo Muromski, parece que se arregla todo entre nosotros....

Los lectores me dispensarían, yo supongo, del

deber superfluo de describir
el desenlace.

-FIN-



Fundación
ANASTASIO
DE GRACIA

Centro Documental
— EL disparo —
Archivo

- I -

Las leyes del duelo me dan el derecho de disponer todo ahora, y yo había resuelto matarlo.

(Una noche en el vivac)

Nuestros cuarteles se habían fijado en X.... Nadie ignora el programa constante de la vida de guerra: ejercicios, maniobras, comida en cualquier albergue judío, a menos que esto

en casa del comandante del regimiento; esto por la mañana; por la tarde y por la noche, ponche y cartas.

La sociedad nos estaba cerrada en X..... donde no habia muchachas casaderas; asi, no teniamos otro recurso que reunirnos los unos y casa de los otros, y conformarnos con no ver otra cosa que nuestros uniformes.

Habiamos sin embargo admitido un prisionero entre nosotros. Tendria unos treinta y cinco años, pero le considerabamos como un niño, cuya experiencia se nos imponia. Ejercia ademas una influencia

. extraordinaria sobre nuestros
jóvenes espíritus, por su hu-
-mor melancólico, su carácter
áspero y su lengua maldiciente.
Aunque llevaba apellido extran-
-jero se le tenía por ruso, y su
vida parecía envuelta en el
misterio. Se pretendía que
había sido en tiempos un
brillante husar, y nos pre-
-guntábamos como había pe-
-dido el retiro para venir a
enterrarse en esta oscuro-
-aldea, donde vivía a la vez
con pobreza y prodigalidad.
Siempre se le encontraba ca-
-minando a pie, con su abrigo
raído, y no obstante tenía
mesa abierta para todos los

oficiales del regimiento. El menú, no constaba en verdad más que de dos ó tres platos confeccionados por el soldado jefe que tenía a su servicio, pero el champagne corría a marear.

¿Cuál era su fortuna?
¿De donde provenían sus recursos.? : todo el mundo lo ignoraba, y nadie hubiera osado informarse. Su biblioteca estaba bien surtida, sobre todo de libros militares, aunque también tenía novelas. Prestaba con gusto, los unos y los otros, sin redamarlos jamás; por su parte, él, tenía la mala costumbre de no

devolver jamás los libros.
que se le prestaban. Su pa-
sion por el tiro de pistola,
absorbía la mayor parte de
su tiempo, según lo atesti-
-quaban las paredes de su
habitacion acibilladas de
impactos que las hacia
parecerse a una colmena.
La pobre vivienda no tenia
otro lujo que una soberbia
coleccion de pistolas. Habia
adquirido tan maravillosa
destreza, que cualquiera de
nosotros se hubiera jugado
la cabeza, asegurando que
si se proponia, podia derri-
-bar una fruta puesta en-
-cima de la gorra. El duelo

era frecuentemente el tema de nuestras conversaciones. Silvio (le dare en adelante este nombre) no se mezclaba en ellas jamás. Un indiscreto le preguntó a quemarropa si se había batido, y contestó con un «sí», lacónico, demostrativo de que no le agradaba la conversación, ni la pregunta, y por ello dedujimos que su magnífica destreza le cargaba sin duda la conciencia con algunas víctimas. La idea de suponerle cobarde jamás se nos había ocurrido. Era de esas personas, cuyo solo aspecto bastaba para desechar tal idea. Sobrevino un hecho que nos dejó atónitos.

Dos de nuestros oficiales, cenaban una noche en casa de Silvio. Se habia bebido como de costumbre, es decir, abundantemente. Despues de cenar, se pidió a Silvio que formase una banca; rehusó desde luego porque no jugaba mas que muy raramente, pero cedió al fin e hizo traer las cartas. Arrojó una cincuentena de piezas de oro, sobre la mesa, y se puso a tallar. Hicimos circulo a su alrededor y la partida comenzó. Silvio no admitia ninguna discusion ni explicacion, y guardaba en el juego el silencio mas absoluto. Si alguno de los puntos se

equivocaba en sus cuentas, pagaba la diferencia, o inscribía el excedente. Acostumbrados a su manera de obrar, le dejábamos hacer. Mas, he aquí que un recién llegado, un oficial recientemente destinado a... hizo mal una puesta, sin darse cuenta. Silvio tomó la tiza, y, siguiendo su costumbre, rectificó el error. Persuadido de que Silvio se equivocaba, el oficial se metió en acaloradas explicaciones, en tanto que Silvio continuaba el juego silenciosamente. Agotada su paciencia, el oficial cogió el trapo y borró lo que él estimaba mal escrito. Volviendo a tomar la tiza Silvio inscribió lo mismo; entonces

sobreexcitado por el vino, el juego, y las risas de los invitados, el oficial, juzgándose gravemente ofendido, se apoderó de un candabro de cobre que había sobre la mesa y se lo lanzó a la cabeza. Silvio tuvo apenas el tiempo de parar el golpe. Nosotros nos miramos inquietos... Pálido de cólera, con los ojos fulgurantes, Silvio se levantó y dijo: « Señor, salid, y podéis agradecer a Dios que esto haya barrido bajo mi techo. »

Ciertos de lo que iba a suceder, consideramos a nuestro nuevo camarada como perdido. Partió este, diciendo que estaba presto a responder de la

como lo juzgase oportuno el buen
"Señor Banquero. Se jugó toda-
-via durante algunos minutos,
pero comprendiendo que nuestro
amigo tenía el pensamiento en
otra parte, nos fuimos reti-
-rando y entramos en nues-
-tras casas, pensando en el
puesto que iba a quedar va-
-cante.

Al día siguiente por la
mañana, nos preguntábamos
en el picadero, si el desdicha-
-do teniente estaría vivo to-
-davía, cuando le vimos a-
-parecer. A nuestras preguntas,
respondió que no había re-
-cibido de Silvio ningún a-
-viso. Esto nos asombró. Fuimos

a casa de Silvio, y nos le encontramos en su patio disparando bala tras bala. Nos acogió como de costumbre y no dijo ni una palabra sobre el incidente de la víspera. Pasaron tres días, y el teniente vivía aún. Nuestro asombro creció: «¿Sería posible que Silvio no se batiera. ? ».

Y Silvio, en efecto, no se batió. Se contentó con darnos una explicación muy anodina.

Esto le perjudicó mucho en la opinión de los jóvenes, que no tienen ninguna indulgencia para la cobardía, pues el valor les parece, por el contrario como la virtud

suprema y la excusa de todos los vicios. Poco a poco, el tiempo hizo olvidar todo, y Silvio re-conquistó su prestigio.

Yo solo me mantuve apartado. Mi imaginación romántica, me había hecho, más que a otros, unirme a este hombre cuya vida me parecía un enigma y al que consideraba como el héroe de alguna novela fantástica.

El me apreciaba. Yo era al menos, el solo a quien hablaba dando tregua a la maledicencia y con el que Silvio conversaba sobre diferentes cuestiones con un encanto incomparable. Pero desde la tarde fa-

-tidica, tenía yo siempre ante los ojos la mancha echada sobre su honor, mancha que él no se cuidaba de lavar, y que había arrojado una sombra en nuestras relaciones.

Me daba vergüenza mirarle y él, era muy inteligente para no apercibirse de ello. Adivinaba sin duda alguna los motivos de mi actitud y no era hombre insensible. Sentí varias veces, que no hubiera querido explicarse conmigo, pero yo rehuía esas ocasiones y Silvio se alejó de mí. En adelante no nos volvimos a ver más que en presencia de los camaradas, lo cual puso fin a nuestra intimidad.

Las gentes de las pequeñas ciudades y de los pueblos tienen muchas emociones que quedan desconocidas para los habitantes de la capital: la espera del día de correos, por ejemplo. La cancillería de nuestro regimiento se llenaba de oficiales el martes y el viernes: los unos esperaban dinero, los otros cartas, otros periódicos. De ordinario se abrían los paquetes allí mismo, se comunicaban las nuevas, y todo esto formaba un cuadro de los más vivos. Silvio que recibía frecuentemente cartas dirigidas a nuestro regimiento se encontraba siempre allí.

- Cierta día le remitieron un pliego cuyo sobre abrió enseguida nerviosamente. Sus ojos arrojaban llamas al recorrer la carta. Los otros oficiales, absortos en leer su correspondencia no notaron nada.

- ¡ Señores, ¡ exclamó Silvio, me veo obligado por las circunstancias a ausentarme inmediatamente. Partiré esta noche, y espero que no rehusaréis venir a abrazar por última vez a mi casa. Cuenta con vosotros, y con vos, añadió volviéndose hacia mí.

Salí inmediatamente, y después de haber convenido nosotros que nos veríamos en

casa de Silvio, nos separamos:

A la hora indicada, llegué a casa de Silvio, en donde se encontraban ya casi todos los oficiales del regimiento. Los equipajes estaban dispuestos; no quedaban más que las paredes acribilladas de balas. Nos sentamos a la mesa; nuestro huésped estaba de tan buen humor que la alegría no tardó en ser general: los tapones soltaban alegremente, el champagne bullía en las copas, y de todo corazón expresamos al despedirnos el deseo de un buen viaje y de toda la dicha posible.

nos levantamos de la mesa a una hora muy avanzada. Cada cual cogió su gorra, y Silvio dió a todos un último adiós. En el momento en que yo iba a salir, me cogió por un brazo, reteniéndome y me dijo en voz baja: « Es necesario que os hable. »

Me quedé. Cuando los invitados desaparecieron, nos sentamos uno frente a otro y encendimos las pipas sin hablar una palabra. Silvio parecía preocupado, y no conservaba nada de su alegría ficticia. Su palidez cadavérica, sus ojos llenos de fiebre, el espeso humo que salía de su pipa le daba

el aspecto de diablo.

Es posible que no nos veamos mas, me dijo. Antes de esta separacion he querido explicarme con vos. Habreis visto que no me preocupo de la opinion de los otros. Pero yo os aprecio y sentiria dejaros una impresion falsa en el espiritu.

Se paro para rellenar la pipa. Yo callaba, bajando los ojos.

- Habreis encontrado extraño, no, continúo, que no haya exigido ninguna reparacion a ese borracho de R.... Esta fuera de duda, que teniendo yo el derecho de escoger las armas, tenia su vida entre mis manos sin que la mia corriese

gran riesgo; podría entonces atribuirse todo a mi sola magnanimidad, pero ¿a que mentir. ?.... Si yo hubiese podido llegarle sin exponer mi vida, no hubiera por nada del mundo perdonado a R....

Fijé en Silvio mi mirada asombrada. Tal declaración me confundía. Silvio continuó:

- ¡Si, perfectamente! No tengo derecho a poner mis días en peligro. Yo he recibido una bofetada, hace seis años, y mi enemigo vive todavía.

Mi curiosidad estaba excitada en el mas alto grado.

- ¿No os habeis batido con el.?, pregunté. ¿Os han separado sin duda las circunstancias.?

Me he batido con el, dijo Silvio, y he aqui la prueba. Y levantándose, sacó de una sombrerera una gorra roja galoneada con un pompon dorado (lo que los franceses llaman un bonnet de police). Se lo puso y vi, que a un dedo de la frente, el gorro estaba atravesado por una bala.

Vos sabéis que he servido en el regimiento de husares de..., continuó Silvio. Vos me conocéis; estoy acostumbrado a las primeras plazas. Las

buscaba apasionadamente cuando era joven. En aquel tiempo, el libertinaje era la moda y yo era el mayor pendeñero del ejército. Nos vanagloriábamos de nuestras borracheras. Yo sobrepasaba al celebre Burzor, cantado por Denis Davidor. Los duelos se sucedían, y en nuestro regimiento, cuando no me batía sería de testigo. Mis camaradas me adoraban y los jefes que cambiaban constantemente, me consideraban como una plaga inevitable.

«Yo, gozaba mas o menos apaciblemente de mi

gloria hasta el día en que fui
incorporado a nuestro regimien-
-to un muchacho (no quiero nom-
-brarle) rico y de gran familia.

Era ciertamente el más brillan-
-te hijo mimado de la Fortuna
que puede encontrarse. Reunida
la juventud, la belleza, la ale-
-gria más loca, la más grande
bravura, un nombre ilustre,
dinero a voluntad, sin miedo
a arriesgar en el juego lo que
fuese, y os imaginareis el efec-
-to que produjo entre nosotros.
Yo sentí tamballearse mi su-
-perioridad. Seducido por
mi gloria, buscó mi amistad,
pero mi acogida glacial,
se dejó para siempre

« Yo le odiaba, y ~~el~~

sus éxitos, tanto en el regi-
-miento como con las mujeres
me producian la mas viden-
-ta desesperacion. No tardé
en buscarle querrela; el res-
-pondia a mis burlas con
una indiferencia aun mas
burlesca; el bromaba minu-
-tras me encolerizaba yo. En
fin, un dia nos encontra-
-mos en un baile dado
por un señor polaco: noté
que todas las mujeres y
sobre todo la duena de
la casa, con la cual yo
tenia relaciones, y que solo
a el miraba; me encoleria
y deslicé en su oido una
groseria. El se encolerizó
y me dió una bofetada

Las damas se desmayaron. Viendonos precipitarnos con nuestros sabres, y hubo necesidad de separarnos a viva fuerza. Nos citamos para batirnos al día siguiente de madrugada.

« Me encontraba desde el alba con mis testigos, en el lugar designado y esperaba a mi adversario con una impaciencia febril.

El sol primaveral apareció, y comenzó a calentarse, cuando percibi desde lejos a mi adversario acompañado de un solo testigo.

Llegó a pie, arrastrando su capa por la arena y con una garraca llena de cerezas

Avanzamos a su encuentro.
Los testigos midieron doce pa-
-sos entre nosotros. A mi me
tocaba disparar el primero,
pero la cólera que bullía
en mi me quitaba alguna
confianza en la seguridad
de mi pulso, y le invité a
disparar primero para tener
tiempo de rehacerme. El
rehusó. Se conino en que
la suerte decidiera. La for-
-tuna sonrió una vez más
a su habitual favorito.
Disparó y la bala atravesó
mi gorra. Me tocaba a
mi. ¡ Al fin tenía salida
entre mis manos!; le de-
-veraba con la mirada,

venido de encontrar en sus
 rasgos la mas ligera som-
 -bra de inquietud. Desde que
 le apunté, se puso a escoger
 en su casco las crezas mas
 maduras, y se divertia es-
 -cupiendo los huesos hacia
 mi probando a ver si me
 acertaba con alguno. Su
 flemma me exasperó y pensé:
 « ¡ A que suprimir una vida,
 que en tan poco estima ! »
 De pronto me vino una idea
 perfida y dejé caer mi mano.

« Morir en este momen-
 -to no os costaria nada, le
 dije: no quiero turbar vues-
 -tro desayuno.

« No me molestais en

absoluto, ¡tirad, os lo ruego...!
además, haced lo que que-
-rais; tenéis derecho a nuestro
disparo y estoy a vuestras
órdenes.

« Volviéndome hacia
los testigos, les declare, que
no estaba dispuesto a
disparar por el momento,
y... el duelo quedó así.

« Pidi mi retiro y vine
a enterrarme en este agu-
-jero. Desde entonces, mi sed
de venganza me ha te-
-nido siempre desvelado,
y al fin, hoy, ha sonado
mi hora. »

Silvio me mostró una
carta recibida por la

mañana, que sacó de su bot-
-sillo. Le escribían de Moscú
(su apoderado sin duda) que
la 'persona en cuestión' iba a
contratar justas nupcias con
una hermosa muchacha.

- Inútil nombraros la
persona en cuestión, me dijo
Silvio. Parto pues para Mos-
-cú, y veremos si conserva
en las vísperas de su matri-
-monio la misma indife-
-rencia ante la muerte,
que demostraba antes, co-
-miendo cerezas.

Dicho esto, Silvio se le-
-vantó, arrojó su gorra a
tierra y se puso a pasear
por la habitación como
un tigre en su jaula.

Yo le observaba, inmo-
-vil, agitado interiormente
por sentimientos tan ex-
-traños como incoherentes.

El criado vino a anunciar
que los caballos estaban
preparados. Silbio me es-
-trecho fuertemente la ma-
-no y nos abrazamos.

Las maletas, que conte-
-nían, una sus pistolas,
y la otra sus trajes, es-
-taban ya en el coche,
donde montó. Me dijo
adiós todavía una vez
más, y los caballos par-
-tieron al galope.

Centro - II -

Algunos años más tarde,
me instale, por razones de fa-
-milia en la pequeña aldea
del distrito de N... ¡Cuanto
echaba de menos mi anti-
-gua vida sin cuidados y
sin ocupaciones caseras! Im-
-posible habituarme a las
largas noches de primavera
y de invierno, pasadas en la
soledad más completa. Char-
-lando con el administrador,
visitando los campos o dan-
-do una vuelta por las nue-
-vas construcciones, esperaba
la hora de cenar; pero

en cuanto caía la tarde .
me sentía desamparado.
Había leído todos los libros
encontrados en los arma-
rios o en los graneros.
Mi criada Kirilovna, me
había repetido varias veces
los cuentos que sabía de
memoria, y las canciones
campesinas me entriste-
-cían. Me hubiera puesto
a beber, si el alcohol no
me hubiese causado do-
-lores de cabeza, y ^{no} tuviese
miedo además a conver-
-tirme en un « borracho por
-tristeza », es decir en un
-pobre despojo como los que
-se veían en el pueblo.

Precisamente, no tenía como próximos vecinos mas que a dos o tres de estos borrachos, cuya conversacion consiste en bostezos y en suspiros. Valia mas estar solo. Adopté el sistema de cenar lo mas tarde posible y acostarme lo mas pronto posible, abreviando asi las noches y prolongando el dia; "bonus erat", me decia yo.

A cuatro verstas de mi casa estaba la rica propiedad de la condesa B... pero la casa no estaba habitada mas que por el administrador; la condesa no la habia visitado

• mas que una sola vez, el año de su matrimonio, y aun entonces estuvo escasamente un mes. En una palabra, yo estaba en la segunda primavera de mi reclusion, cuando corrió el rumor de que la condesa y su esposo vendrian a pasar el verano en su dominio. Llegaron, en efecto, a principios de junio.

No es este un suceso sin importancia para los habitantes del campo, la llegada de vecinos ricos. Los propietarios y sus familias hablaban

de ello dos meses antes, y durante los dos años siguientes. Yo no vacilo que por mi parte, la perspectiva de la llegada de una joven y hermosa vecina, lejos de dejarme insensible, me entusiasmaba; asi, el domingo que siguió a su llegada, fui, despues de comer, a la aldea de N... a presentarme a Sus Excelencias, como el mas próximo vecino y humilde servidor

Despues de haberme introducido en el despacho del conde, un lacayo fué a anunciarme. Observé que

la pieza donde me encontraba, estaba amueblada con todo el lujo imaginable: librerías repletas o estaban adosadas a los muros; sobre cada una de ellas, un busto de bronce; encima de la chimenea de mármol, un ancho espejo; en fin, numerosos tapices cubrían el piso.

No teniendo costumbre desde hacia tiempo de ver en mi obscuro rincón nada suntuoso, me sentía intimidado y esperaba al conde con el temor que debe experimentar un solicitante provinciano en la antecámara de un

ministro.

La puerta se abrió y vi entrar a un hombre de unos treinta años, extremadamente guapo. El conde vino hacia mí con un aire acogedor y amistoso. Serenándose lo mejor posible, me disponía a enumerar mis títulos y cualidades, pero el conde y nos sentamos. El tono libre y ameno de su conversación me tranquilizó enseguida, y comencé enseguida a tomar confianza, cuando apareció la condesa. Era maravillosamente hermosa. El conde me la presentó, y yo aunque quería aparecer tranquilo me azoraba más y más.

.. Para volver a encontrar mi aplomo y acostumbrarme. (Ellos comprendían mi azoramiento) el conde y la condesa me trataban como a buen vecino y sin etiqueta, promeniéndose a hablar entre ellos. Di entonces una vuelta a la sala, examinando los libros y los cuadros. Aunque no sea conocedor en pintura, uno de los cuadros llamó mi atención. Representaba un paisaje suizo cualquiera. Lo que me chocó más que la pintura fue el impacto de dos balas superpuestas que tenía el lienzo adosado al muro.

• - ¡ Buen disparo, ¡exclamé dirigiéndome al conde.

Un disparo notable en efecto. ¿ Sois acaso buen tirador.?, preguntó.

Pasadero, respondí, dicho de que la conversacion recayese por fin sobre un tema que me era familiar. Yo, no fallo una carta de baraja a treinta pasos, si tengo en la mano una pistola que conozca.

¡ Esta bien, dijo el conde. -sa con un aire de interés, ¿ Y tu, pondrias una bala en una carta a treinta pasos.?

Un dia de estos lo pro.

-baremos, dijo el conde.

Antes era bastante buen ti-
-nador, pero desde hace cua-
-tro años no he cogido una
pistola.

Si así es, yo apuesto a
que Vuestra Excelencia no
atravesará una carta a vein-
-te pasos; sé por experien-
-cia que el tiro exige un
ejercicio cotidiano. A mí me
sucede, estar un mes entero
sin tirar. ¡Pues bien!, ¡cre-
-rais Excelencia, que cuando
he querido volver a empezar,
he fallado cuatro veces una
botella a veinte pasos.?
Nuestro capitán a quien le
gustaba bromear se en-

-contraba allí ese día y me dijo: « ¡ Diablos! amigo mío, parece tener un gran respeto a las botellas. El mejor tirador que yo he conocido, tenía costumbre de tirar todos los días, por lo menos tres bolas antes de comer. Era tan reglamentario como su vaso de vodka.

El conde y la condesa parecían encantados de verme así lanzado en la conversación.

¿Y sobre que tiraba? interrogó el conde.

Juzgad Excelencia; una mosca se posaba sobre el muro... Reís condesa y sin

embargo, os juro que digo la verdad.... Apercibí una mosca: «¡Kuzka, Kuzka!» gritaba, el, ¡una pistola! Kuzka le presentaba una pistola cargada. ¡Bumb!, y la mosca aplastada en el muro.

- Es prodigioso, dijo el conde.... ¿Y como se llamaba.?

- Silvio, Excelencia.

¡Silvio!, repitió el conde, levantándose de un salto. ¿Habéis conocido a Silvio.?

¡Sí Excelencia! ¡éramos amigos, nuestro regimiento como a un viejo camarada.

-Hace cinco años que no se
nada de él. ¿Le conocia tam-
-bien Vuestra Excelencia.?

¡Le he conocido; le he
conocido bien!. ¿No os ha
contado nunca una aventu-
-ra muy curiosa.?

¿Se trataria tal vez Ex-
-celencia de una bofetada
que dió un joven aturdido
en un baile.?

- ¿Le dijeron como se lla-
-maba aquel aturdido.?

-No, Excelencia, no me lo
ha dicho: Despues adiuinan-
-do la verdad dije: ¡Ah! ¡pe-
-doneme Su Excelencia.... yo
no dudaba.... ¿seréis vos.?

- Yo mismo, dijo el

conde muy emocionado, y ese cuadro tiene la señal de nuestro último encuentro.

- ¡Ah, querido mío, basta por el amor de Dios! suplicó la condesa; ¡es espantoso!

- No; iré hasta el fin, replicó el conde; él sabe como ofendi a su amigo y es necesario, que sepa también como se vengó Silio.

- El conde me ofreció una butaca, y me contó lo siguiente, que yo escuché con el más vivo interés:

« Me casi hace cinco años, y pasé aquí mismo el primer mes que siguió

a nuestro matrimonio, the
honey moon (1). He vivido en
esta casa los mejores días de
mi vida, pero ella también
me recuerda igualmente
cosas bien crueles.

«. Una tarde, paseaba-
-mos juntos a caballo, cuando
el caballo que montaba mi
mujer se espantó súbitamente.
Asustada, me dio la brida
y volvió a pie a casa. Yo la
había precedido. Al llegar
al llegar, un coche parado
en el patio, y me dijeron que
un hombre me esperaba
en la biblioteca. No había

(1) - En inglés en el
texto ruso.

querido dar su nombre, contentándose con decir que tenía que hablarme de un asunto. Entré en la pieza donde nos encontramos ahora, y entren en la sombra un hombre de barba desgrenada, todo cubierto de polvo, de pie ante la chimenea. Fui hacia él tratando de reconocerle.

«¿No me recuerdas con-
-de.?, dijo con voz tembloro-
-sa.

«¡Silvio! exclamé, y yo lo confieso, sentí que se ^{me} pro-
-nican los pelos de punta.

«¡A tus órdenes! dijo
el. ¡A mi me corresponde
tirar. ¿Estás dispuesto. ?

Quería descargar mi pistola.
-la.

« Se veía en efecto que sa-
-lía una de su bolsillo. Me
puse a doce pasos, y me colo-
-qué en este rincón, conju-
-rándole a que disparase
pronto; antes de que llegase
mi mujer.

« Pero él pidió luz y
tomó su tiempo. Cuando nos
trajeron bujías, cerré la
puerta con llave, dando la
orden de no dejar entrar
a nadie; después, volví a
rogarle que disparase. Él
tomó su pistola y me apun-
-tó.... Yo contaba los se-
-gundos, pensando en ella....

un horrible minuto pasó:

Silvio dejó caer su mano.

« El plomo es pesado...
dijo. Siento que mi pistola
no está cargada con huesos
de cerezas. No tengo por cos-
tumbre tirar sobre un
hombre sin armas; me
hace el efecto de un asesini-
-nato más que de un duelo.
Volvamos a empezar, y
veamos desde luego quién
de los dos tirará el pri-
-mero.

« La cabeza me daba
vuelto... Me parece que se-
-huse. Por fin, cargamos
una segunda pistola;
después metimos los papeles

bien doblados en la anti-
-gua gorra atravesada por
una bala... y saqué de
nuevo el número uno.

« Silvio me dijo con una
sonrisa que no olvidare ja-
-más: « ¡Tienes una suerte
del diablo, conde! »

« ¿ Que pasó en mí, y
como me decidí?... Lo ig-
-noro, pero tiré y agujeré
este cuadro. (el conde seña-
-laba la tela atravesada
por las balas. Su cara
ardía, en tanto que la de
la condesa estaba blanca
como el papel.)

« Tiré, continuó el

conde, y a Dios gracias, no le di; entonces Silvio... (que era espantoso verle en aquel instante.). Silvio me apuntó. De pronto, se abre la puerta. Macha se arroja a mi cuello dando un grito estridente. Senti volver todo mi valor.

«¡No ves querida que nos estamos divirtiendo! ¿Porque te asustas tan pronto? Ve a beber un vaso de agua y vuelve.

«Macha no me creía.»

«¿Dice la verdad mi marido.? preguntó al terrible Silvio. ¿Es verdad que

se estan divirtiendo.?

« El bromea siempre con-
-desa, le respondió Silvio.

Me abafetó una vez, bromean-
-do; bromeando atravesó
con una bola esta gorra;
siempre de broma, ha fa-
-llado ahora su tiro. A ni
vez y bromeando también
ahora....

« Al decir esto me apun-
-tó, pero Macha se arrojó
a sus pies. »

« ¡ Levántate Macha!
grité furioso. ¿ Cuando cesa-
-reis señor de hacer sufrir
asi a una mujer. ? Si, o
no. ¿ quereis disparar. ?

No disparare; estoy sa-

- Inspecho, respondió Silvio; he visto tu turbación, tu espanto, y te he obligado a tirar sobre mí. Estamos en paz. Te acordarás frecuentemente de mí. Yo, te abandono a tu conciencia.

« Cuando iba a salir, se paró en el dintel de la puerta, volvióse hacia el cuadro que yo acababa de atravesar, tiró sin mirar y desapareció.

« Mi mujer se había desvanecido; mis gentes veían partir a Silvio con terror y no osaban detenerle. Cuando estuvo en

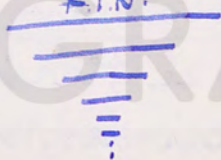
la guerra, llamó a su co-
-chero, y ya estaba lejos Silvio,
cuando recobré mi espíritu. »

El conde se calló.

Y he aquí, como supe el
fin de la historia, cuyo co-
-mienzo me había intrigado
tanto.

No he vuelto a ver a
nuestro heroe. Oí decir que
Silvio estaba a la cabeza de
un destacamento de húsar-
-os cuando la revuelta de
Alejandro Ipsilanti, y que
fue muerto en la batalla
de Skulani.

FIN.



Centro Documental

- El jefe de Posta -

Funcionario de décima
cuarta clase: En un se-
-lino de posta, dictador.

• Príncipe Viázemski
- -

¿ Quien de nosotros
no ha maldicho un día
u otro a un jefe de posta. ?
¿ Quien no ha tenido que ba-
-tallar con ellos. ? ¿ Quien
no ha pedido en un momento
de cólera. el terrible libro de
reclamaciones, para redactar

una queja inútil contra la
incursia, las arbitrariedades
o la grosería. ? ¿ Hay uno solo
entre nosotros para quien el
jefe de posta, no sea otra cosa
que un desecho del género hu-
mano, como los alguaciles de
los tiempos antiguos, o los
bandoleros del bosque de
MURONSK. ?

Seamos justos sin em-
bargo: figuriémonos que es-
-tomos en su lugar, y tal
vez seamos menos severos.
¿ Que es un jefe de posta. ?
Un verdadero martir de
decima cuarta categoría. (1).

(1). Grado inferior en la
jerarquía civil rusa.

apenas guardarlo por su categoría, de los golpes, ¡y aun no siempre! (apelo a la conciencia de mis lectores.) ¿En que consisten las funciones del que displicentemente llama el príncipe Viazemski, «dictador»? ¿Son verdaderos trabajos forzados! Ningun reposo ni de día ni de noche. El viajero vierte sobre el, la bilis acumulada durante el fastidioso trayecto. Se hace responsable del mal tiempo, de los caminos malos, de la testarudez del postillon, de la pereza de los caballos, y al pene-

• traer en su modesta vivienda
le trata ya como enemigo. ¡Di-
-choso el jefe de posta que lo-
-gra desembarazarse pronta-
-mente del importuno. ¡Y
cuando los caballos faltan, ¡
... ¡ que avalancha de ame-
-nazas gran Dios! Le obligan
a recorrer toda la aldea
entre la nieve y el lodo para
procurárselos. Y si quiere
escapar, durante un instante
al menos, a los gritos, y a
la cólera de su cliente, no
tiene otro refugio que el por-
-che donde se cobija a pesar
del frío cruel. Si aparece un
general, el jefe de posta le cede
temblando sus dos últimas

travikas aunque estén re-
-servadas para el correo de
la corte. El general, parte
sin agradecersele; y cinco
minutos mas tarde, el tin-
-tineo de los cascabeles le
anuncia el correo, que ^{le}avo-
-ja sobre la mesa su hoja
de ruta....

Examinemos conciencia.
-damente las cosas bien a
fondo, y una piedad sine-
-ra sucederá a nuestra
irritación. Dos palabras to-
-davía: durante veinte años
he recorrido Rusia en todos
sentidos; he recorrido todos
los grandes caminos; he
conocido a varias generaciones

de postillones, y son bien raros los jefes de posta que me sean desconocidos, por lo menos de vista, y con quienes no haya tenido alguna relacion. Me propongo desde luego publicar proxicamente mis impresiones de viaje; pero puedo afirmar, mientras tanto, que en lo que concierne a la expuracion de jefes de posta, la opinion publica se ha nutrido de falsas informaciones. Los jefes de posta, tan calumniados, son en realidad gentes apacibles, serviciales, frecuentemente sociales, sin pretensiones de honores, y desde luego con muy.

poca ganancia. Sus con-
-versaciones (que los señores
viajeros tienen a bien des-
-deñar.) son instructivas, y
se pueden aprender cosas
bien interesantes. Por mi
parte declaro, que me agru-
-da mas charlar con ellos,
que con ciertos funcionarios
de alta categoria que via-
-jan por raron del servicio.

Con esto doy a en-
-tender que entre esta hono-
-rable corporacion de pos-
-tillones, tengo varios amigos.
He conservado de uno de
ellos entre otros un precioso
recuerdo. Habiamos es-
-tado en contacto por di-
-versas circunstancias, y
de el quiero hablar o

mis lectores.

En el mes de mayo de 1816, yo debía atravesar el gobierno de N... tomando la antigua ruta hoy abandonada. Mi modesto grado no me daba derecho mas que a dos caballos, y por eso los del correo se creian autorizados para tratarme sin ningun miramiento. Fue batallado mucho para conseguir lo que creia mi derecho. Cuando el jefe de posta cedia a algun alto personaje la troika que yo habia retenido, llorado por la juventud y por mi caracter valiente, tro-

-naba contra la estupidez
y la simpleza del jefe de
postas. Necesité mucho tiem-
-po para habituarme a
-ver en los banquetes oficia-
-les exageradamente proto-
-colarios, presentarme los
platos después de haber
servido a todos los inui-
-tados. Todo esto me parece
ahora ilógico. ¿Donde
iríamos a parar en efecto,
si en lugar de aplicar la
regla práctica: «El grado
^{se adoptase esta otra} honra al grado». «La in-
-teligencia honra a la
inteligencia». ¿Que de
confusiones. ¿En la mesa,
¿a quien se serviría en-
-tonces el primero.?

Pero volvamos a mi historia.

Hacia calor. Yo estaba a tres verstas de N, cuando la lluvia empezó a caer; no tardé en estar calado hasta los huesos.

Mi primer cuidado al llegar al relevo fue cambiar de vestidos y hacerme servir un té. «¡Eh Dunia! gritó el jefe de posta; ¡prepara un samovar y ve a buscar leche!

Una muchacha de unos catorce años salió enseguida de detrás de un tabique y corrió hacia la puerta.

¿Es esta tu hija? pregunté al jefe de posta.

¡ Si, me respondió con cierto orgullo, y tan buena y tan lista como su difunta madre!

Mientras copiaba mi hoja de ruta, yo me divertía mirando las estampas colgadas en los muros de la habitación, humilde pero muy limpia. Estas estampas representaban la parábola del hijo pródigo: en la primera un anciano venerable en traje de casa, con un gorro de dormir, da una bolsa a un adolescente inquieto a quien dejaba partir dándole la bendición. Una

escena elocuente mostraba en la segunda, al joven libertino estaba sentado a la mesa, con falsos amigos y con prostitutas. Después, arruinado, cubierto de harapos, con aire triste, miraba a los platos y comía lo que estos dejaban. En fin, el hijo vuelve a casa de su padre. Vestido este con la misma ropa de casa, y con el mismo gorro, el bueno del viejo se precipita al encuentro del hijo pródigo, que se arrodilla; en último término, un cocinero degüella la gruesa ternera, mientras el hijo mayor interroga a los servidores acerca de

las razones de tal fiesta.

Cada estampa tenía debajo escrita la explicación en versos alemanes.

Todo esto ha quedado presente en mi memoria; tengo todavía ante mis ojos los tiestos de balsamina, la cama detrás de una cortina de colores chillones... y al hospedero mismo, hombre de unos cincuenta años, fresco y robusto. Llevaba en la solapa de su redingote verde, tres medallas suspendidas de unas cintas ajadas.

Dunia trajo el samovar en el momento en

que yo arreglaba mis cuentas con el viejo postillon. La coquetuela se dio cuenta inmediatamente de la impresion que me producía, y bajó sus grandes ojos azules. Estableí con ella una conversacion, que sostuvo con la misma elegancia y desenvoltura que una mujer del gran mundo. Yo le ofreci una taza de té, despues de haber ofrecido un vaso de ponche a su padre, y charlamos los tres como si nos conociéramos desde hacia mucho tiempo. Los caballos esperaban ya, pero no podia decirme

a dejar al jefe de posta y a su hija. Tuve por fin que determinarme a despedirme: el padre me deseó buen viaje, y Dunia quiso ir conmigo hasta el coche. Me paré en la entrada para pedirle un beso ella consintió. La di varios besos.

Desde que yo ejerzo...
pero de ninguno de ellos guardo un recuerdo tan dulce y persistente.

Pasados varios años, las circunstancias me llevaron, por este mismo camino. Me regocijaba pensando en volver a ver a la

hija del viejo jefe de posta ;
a la que no habia olvidado.
« ¡ Quien sabe lo que le habria,
sucedido a su padre ! me de-
-cia yo. ¿ Destituido tal vez ?
¿ Y Dunia ? ¡ casada sin du-
-da ! ». El espectro de la muerte
atravesó tambien mi espíritu,
y me aproximé con zozobra
al relevo de N....

Los caballos se pararon
ante la casa del jefe de posta.
Entré en la vivienda, y encon-
-tré en el mismo sitio las es-
-tampas del Hijo Pródigo ; la
-mesa y la cama no habian
sido movidos tampoco, pero
las ventanas no estaban
floridas, y todo indicaba
la ruina y el abandono.

El jefe de posta dormía, envuelto en una manta; el ruido que hice al entrar le despertó; levantose.... Era en efecto Simón Viriú, pero como había envejecido!

En tanto que cumplía el deber de transcribir mi hoja de ruta, examinaba yo sus cabellos enblanquecidos, las arrugas profundas que surcaban su cara mal afeitada, su espalda curvada, y me preguntaba, como tres o cuatro años habían sido suficientes para transformar en viejo a un hombre tan vigoroso.

¡Somos viejos amigos!

le dije; ¿me reconoces.?

Puede ser, contestó el con voz triste. El camino es grande ... pasan por aquí muchos viajeros.

¿Y Dunia.?. ¿Como está.?
añadi.

El viejo frunció el entrecejo.

-jo

-¡ Dios lo sabe!, respondió

¿ Se ha casado tal vez.?

pregunté.

El viejo pareció no haberme oído, y continuó leyendo mi hoja de ruta en voz baja.

Aunque mi curiosidad era grande, dejé de hacerle preguntas, y pedí un té, es-
perando que el ponche des-

- ligara la lengua de mi
viejo amigo. En efecto, acep-
-tó el vaso que le ofrecí, y
el ron no tardó en ani-
-marle. Desde el segundo
vaso se puso a hablar. Yo,
no pude averiguar si se
acordaba de mí, o fingía
acordarse. En todo caso,
la historia que me contó,
me interesó, y me emocionó
vivamente.

- ¡Habeis conocido a
mi Dúnia.?, comenzó.
¡Quién no la conocía!
¡Ah Dúnia, Dúnia! ¡qué
hija era!. Todos los que
venían aquí la hacían
mil cumplimientos. Nadie,
se quejó de ella jamás.

Las señoras la cubrían de
regalos, la una le daba una
chuchería, la otra unos pen-
-dientes. Los viajeros, con el
pretexto de comer o de cenar,
paraban únicamente por te-
-ner el placer de contemplar-
-la a su gusto. Apaciguaba
a los más exasperados y cuando
se dirigían a mí, lo hacían
ya amablemente. ¿Podría
creerlo señor. ?; ha habido co-
-rreos y enviados especiales
de la Corte, que por causa de
ella, y por su conversacion
se han retrasado. La casa
marchaba gracias a ella.
Lo arreglaba todo, cuidaba,
y aun le sobraba tiempo.

¡ Y yo, viejo imbecil, no tenía
ojos mas que para mi peque-
-ña. !. Era toda mi alegría.

¡ Ah, como queria a mi Dunia!
¡ Como idolatraba a mi
niña !. ¡ Que voz mas dulce
la suya !. Pero ¡ bah !, no
se puede conjurar la desdi-
-cha, no se puede evitar el
destino.

Me conto' su desgracia.
Hacia tres años de esto, era
una tarde de invierno, y
mientras preparaba su
registro, su hija cosia de-
-tras de la cortina. Una
trovita paro' ante la casa;
descendió un viajero que
reclamo' caballos. Llevaba

uniforme militar, y se cubría con un gorro circasiano. Los caballos estaban fuera. Mientras esperaba, el viajero hizo sonar la fusta, y empezó a vocear. Acostumbrada a estas escenas, Dunia salió de detrás de la cortina, y con un tono lleno de dulzura le propuso comer.

La aparición de Dunia, produjo su efecto. El viajero se calmó, y quiso esperar los caballos comiendo. Se quitó el gorro todo mojado, se desabotonó la guerrera y dejó caer la copa, y vimos que era un husar joven, esbelto y de finos bigotes. Se

instaló al lado del jefe de
posta y se puso a charlar
alegremente con el padre
y la hija. Mientras que se
le servía la cena, llegaron
los caballos. El jefe de
posta salió para dar la
orden de engancharlos
al trineo enseguida, sin
esperar ni a que les dieran
el pienso. Pero cuando vol-
-vió, encontró al husar
extendido en el banco, casi
sin conocimiento. Sentía
gran malestar, la cabeza
le daba vueltas; no podía
partir.... ¿Que hacer?...
Se tomó el partido de
acostarlo en la cama del

jefe de posta, y enviar a buscar un medico a S. al dia siguiente, si no se encontraba mejor.

Al siguiente dia, el enfermo no se encontraba bien, y su criado fue a buscar al medico. Dunia vendió la cabeza del muchacho con un pañuelo empapado en vinagre, y se sento cerca de el con su labor. Cuando el jefe de posta se aproximó, el enfermo apenas hablaba y suspiraba frecuentemente. Bebió sin embargo dos tazas de café, y quejándose se, pidió el almuerzo. Pedía de beber a cada instante, y Dunia

que no se apartaba de su
cabecera, le dió un vaso de
limonada que le habia
preparado. Para demos-
trarle su reconocimiento,
el enfermo, cogia con su
mano debil, la de Dunia,
para devolverla el vaso
despues de haber remoja-
do los labios. Llegó el
médico a la hora de
comer; le tomó el pulso,
habló con el en alemán,
y declaró en ruso que no
prescribia mas que reposo,
añadiendo, que dentro de
dos dias podria ponerse
en camino el enfermo. El
muchacho dió al médico

veinticinco rublos por la visita y le rogó que se quedase a comer. El médico aceptó, y los dos invitados comieron hasta hartar, bebieron una botella de vino, y se despidieron en los términos más amistosos y cordiales.

Pasó allí otro día; el mal había desaparecido completamente. El husar tenía una alegría loca, y bromaba sin cesar con Dunia y con su padre. Charlaban con los viajeros, transcribía sus hojas de ruta; hizo tanto y tan bien, que el bravo jefe de posta, le

tomó gran afecto, declarán-
-dole que sentía una verda-
-dera pena al separarse
de él.

Era domingo. Dunia
se preparaba para ir a
misa. El trineo se aproxi-
-mó a la puerta. Después
de haber pagado genero-
-samente lo que debía por
su alojamiento y manuten-
-ción, el husar se despidió
del jefe de posta. Dijo tam-
-bien adiós a Dunia, y
le propuso llevarla en
el trineo hasta la igle-
-sia que se encontraba
al final del pueblo....
Dunia dudaba... «¿Que

«¿Temes? le dijo el padre. Su nobleza, no es un lobo. No te comera. Da ese paseo con el hasta la iglesia.» Dunia montó en el trineo, y se colocó al lado del muchacho, el criado subió después, y el postillon dio un silbido partiendo los caballos al galope.

¿Como habia permitido marchar así a Dunia con el husar. ? ¿ Como habia sido tan ciego y tan loco. ? se preguntaba todavia el jefe de posta.

Antes de haber pasado media hora, la angustia llenaba su corazón, y se

apoderó de el tal angustia que sin esperar mas corrió a la iglesia. Llegó en el momento en que salia la gente, y Dunia no estaba ni en la puerta, ni en la acera. Se precipitó dentro; el pope abandonaba el altar; el subdiacono apagaba los cirios; unas viejecitas acababan sus plegarias. en un rincón, pero ningun rastro de Dunia. Apenas si el desdichado padre tuvo valor para preguntar al diacono si habia visto a su hija en la misa. El diacono le respondió que no. El jefe de posta.

entró en su casa con la muerte en el alma. Se consolaba con la esperanza de que Dunia, debido al aturdimiento de la edad, hubiese pedido al viajero que la llevase hasta el próximo relevo donde vivía su madre. Acedaba con ansiedad la vuelta del trineo en el cual el mismo la había animado a que montase. El postillon no volvía... Vino casi de noche con la siguiente terrible noticia: ¡« Dunia ha huido con el húsar ! ».

El viejo no pudo soportar un golpe tan rudo; cayó

enfermo y tuvo que acostarse en el mismo lecho ocupado la víspera por el joven raptor.

Recordando uno a uno los sucesos de los dos últimos días, el jefe de posta comprendió al fin que había sido burlado y que la enfermedad del husar había sido simulada.

Una gran fiebre se apoderó del pobre hombre al cual fue necesario transportar a S.... Otro le reemplazó. Encontróse con el mismo médico llamado por el husar. Reveló al

Jefe de posta, que en cuanto vió al muchacho, se dio cuenta de que estaba en perfecto estado de salud, y que hacia la comedia con un fin facil de adivinar, pero que el miedo a la fusta le hizo guardar silencio.

¿Este alemán era sincero, o buscaba burlantemente hacerse creer.?. Sus confianzas no consolaron al pobre enfermo.

Cuando se curó, pidió un permiso de dos meses a su director, y sin decir nada a nadie, partió a pie en busca de su hija. La hoja

de ruta le indicaba que el capitán Minski iba de Smolensko a Petersburgo. Según la narración del postillón, aunque Dunia parecía haberse escapado voluntariamente, no había cesado de llorar en todo el camino. « Es posible que yo traiga al redil a la oveja descarriada », pensaba el jefe de posta. Con esta esperanza llegó a Petersburgo y descendió en el barrio del regimiento Ismailovski, yéndose direc-

atamente a casa de un antiguo camarada, sub-oficial retirado. Púsose sin tardar a su tarea, y averiguó que el capitán Minski estaba en efecto en Petersburgo, en el hotel Demut. El jefe de posta resolvió ir a verle inmediatamente.

Se presentó una mañana temprano en el hotel, e hizo prevenir a Su Noblerza, que un viejo soldado deseaba hablarle. El ordenanza, ocupado en lustrar un par de botas, le hizo saber que el "señor" dormía y

que no recibiría a nadie antes de las once. El jefe de posta se retiró, pero volvió a la hora indicada. Todavía en traje de casa, le recibió el mismo Minski.

¿Que te trae aquí? preguntó.

El viejo temblando, con los ojos llenos de lágrimas, articuló, como pudo estas sencillas palabras.

¡Vuestra Noblerza.... En nombre del Señor!....

Minski fijó en él un instante su mirada y se sintió envejecer; le cogió

de la mano y le llevó a su despacho, que cerró después con llave

- ¡Vuestra Nobleza! repitió el viejo; lo que se ha perdido, perdido está; devolvedme al menos a mi pobre Dunia. Ya habéis abusado de ella suficientemente; no la deshonraréis más.

- Nada se puede contra los hechos consumados, dijo el capitán confundido. Yo te he ofendido gravemente y soy feliz al tener una ocasión de pedirte perdón. Pero me es

imposible separarme de
Dunio; te doy mi palabra
de hacerte dichosa. Tu no
tienes necesidad de ella.

Ella me ama. Ha abando-
nado sus antiguas cos-
-tumbres. Además no debéis
olvidar lo ocurrido.

Dicho esto, deslizó
algo en la vuelta de la
manga, abrió la puerta,
y algunos minutos más
tarde se encontraba en la
calle.

Estuvo inmóvil un mo-
-mento. De pronto se aperci-
-bió de que un ^{rollo} trapel sa-
-lía de la manga; vio que

contenia varios billetes de cincuenta rublos. Se le saltaron las lagrimas, lagrimas de indignacion esta vez. Estrujandolos nerviosamente, los tiro al suelo y los pateo; despues se frió... Dio algunos pasos, se paro reflexionando... y dio la vuelta... pero los billetes habian desaparecido. Desde que vio al niño volver sobre sus pasos, un muchacho, bastante bien vestido, habia saltado precipitadamente a un coche, diciendo al cochero: ¡«De prisa!»». El jefe de posta le dejó ir. Tomó

el partido de volver a entrar en su casa, pero ¡ que no hubiese dado por ver antes a su pobre Dunia siquiera fuese una sola vez. !. Se presentó de nuevo en casa de Minski, dos días mas tarde, pero el ordenanza le dijo con un tono seco que el "Señor," no estaba para nadie; le empujó y cerró la puerta. El jefe de posta, estuvo un momento sin saber que hacer; despues se fue....

Aquella misma tarde, erraba por la calle Literina, despues de haber asistido a los oficios en

la iglesia de la « Madre de todos los dolores. », cuando vio pasar ante él, como un relámpago, un elegantísimo carruaje, dentro del cual creyó reconocer a Minski. El coche se paró delante de una casa de tres pisos, y aquel, entró. El jefe de posta tuvo la feliz idea de volver, y de hablar al cochero....

¡ Amigo !; ¿ a quien pertenece este coche. ? le preguntó.

¿ No pertenece a Minski. ?

A el mismo, respondió el cochero. ¿ Por que me haces esa pregunta. ?

- ¡ Nada !; que tu amo me

ha encargado que entregue una carta a su Dunia, pero ¡he olvidado donde vive esta Dunia!

En esta misma casa, pero, llegas tarde con tu carta amigo mío. Ha entrado el mismo en este instante.

¡ Poco importa !. Gracias por tus informes. Dicho esto subió las escaleras.

La puerta estaba cerrada; tocó el timbre, y esperó algunos segundos que le parecieron interminables. Sonó el ruido de la llave y la puerta se abrió al fin.

¿Vive aquí Adrotia.

Simenovna.?, pregunto.

Si, respondió la dur-
-cella, ¿que la quieres.?

Sin responder, el jefe
de posta entro.

¡No entre, no entre! ex-
-clamo la siriente, Adrotia
Simenovna tiene gente.

El jefe de posta avan-
-zaba siempre sin ver nada.
Atraveso dos habitaciones
sombrias, y a traves de la
puerta abierta de la tercera,
suntuosamente amueblada,
vio a Minski, muy pensativo,
sentado en una butaca.

Sentada sobre el brazo de esta, a modo de amazona, estaba Dunia, vestida con suprema elegancia. Miraba a Minski tiernamente, y acariciaba con sus dedos resplandecientes de pedrerías los bucles negros del oficial. ¡Pobre jefe de posta! Nunca le había parecido su hijo tan hermosa.

-¿quien esta ahí,? dijo ella sin moverse. Como el callara, Dunia volvió la cabeza... y dando un grito, cayó inerte sobre el tapiz.

Minski, asustado se precipi-
tó a levantarla, y entonces,
vió al jefe de posta. Dejando
a Dunia, avanzó hacia él
con los dientes apretados,
temblando de cólera, y dijo
con voz temblorosa:

¿Que quieres.?. ¿Por que
me persigues como a un
hachón.?. ¿Quieres matarme,
¿no es esto.?. ¡Vete!

Y cogiendo al niño por
el cuello, le echó.

El jefe de posta volvió
a su barrio, y su amigo le
aconsejó entablar una de-
-manda. Después de haber

reflexionado, el viejo se alzó de hombros y decidió partir. Dos días más tarde, estaba en su recluso, ejerciendo sus funciones.

Desde hace tres años, vivo sin Dunia, y no tengo noticias de ella, dijo a manera de conclusión. ¡Dios sabe si está muerta o viva! Todo es posible. No es la primera, ni será la última seducida por un viajero libertino — las toman, y las abandonan después. No faltan en Petersburgo estas muchachas alocadas

que hoy llevan pieles y sedas, y que mañana barrerán las calles en compañía de los peones vagabundos. Cuando pienso que Dunia puede terminar así, me atravesaba la mente el pecado de desear su muerte....

Tal fue la narración de mi antiguo, el viejo jefe de posta. ¡Que de veces se interrumpió para secarse las lágrimas con la manga de la chaqueta, como Terentich, en la inmortal balada de Dmitrieff. Los cinco vasos de ponche que

habia bebido en el curso de su narracion, no eran, justo es decirlo, extraños a la emocion que sentia.... Sea lo que fuere, sus lágrimas me conmovieron profundamente. No olvidé en mucho tiempo ni al viejo jefe de posta ni a su hija....

Al pasar recientemente por N.... me acordé de mi amigo. Me dijeron que su relevo habia sido suprimido, pero nadie pudo contestarme claramente a esta pregunta: «¿Vive

todavía el jefe de posta. 27.
Tomé el partido de alqui-
-lar unos caballos para ir
a N.... Quería volver a ver
aquellos lugares tan pre-
-sentes en mi memoria

Era otoño. El cielo esta-
-ba completamente nublado;
un viento frío soplaba en
la estepa y arrancaba a
los árboles sus hojas verdes
o rojizas. Llegué a la al-
-dea cuando caía la tarde, y
paré delante del rebero. Una
guesa campesina apareció
en la puerta (en el mismo
sitio en que abracé a Dunia)
Me dijo que el viejo había
muerto hacía poco, y que

un cervecero - su morido
se habia instalado en la
casa.

Senti mi inutil viaje
y los siete rublos que me
habia costado.

¿ De que ha muerto. ?
pregunté a la mujer del
cervecero.

De haber bebido mucho,
respondió.

¿ Y donde está ente-
-rrado. ?

Al lado de su difun-
-ta mujer.

¿ No podría llevarme
hasta su tumba. ?

¿ Por que no. ? ... ¡ Eh

Vanka!. ¡Ya has jugado bastante con el gato, ¡lleva a este señor hasta el cementerio, y enseñale la tumba del jefe de posta!

Vi correr hacia mí a un pilluelo desgrenado y sucio. Tomamos el camino del cementerio.

¿Has conocido tu al difunto. ? le pregunté.

¡Sí, mucho!; me había enseñado a hacer flautas de caña. Cuando salía de la taberna (¡paz a su alma!) corríamos detrás de él gritándole: «¡Abuelo, abuelo, danos avellanas!» Jugaba

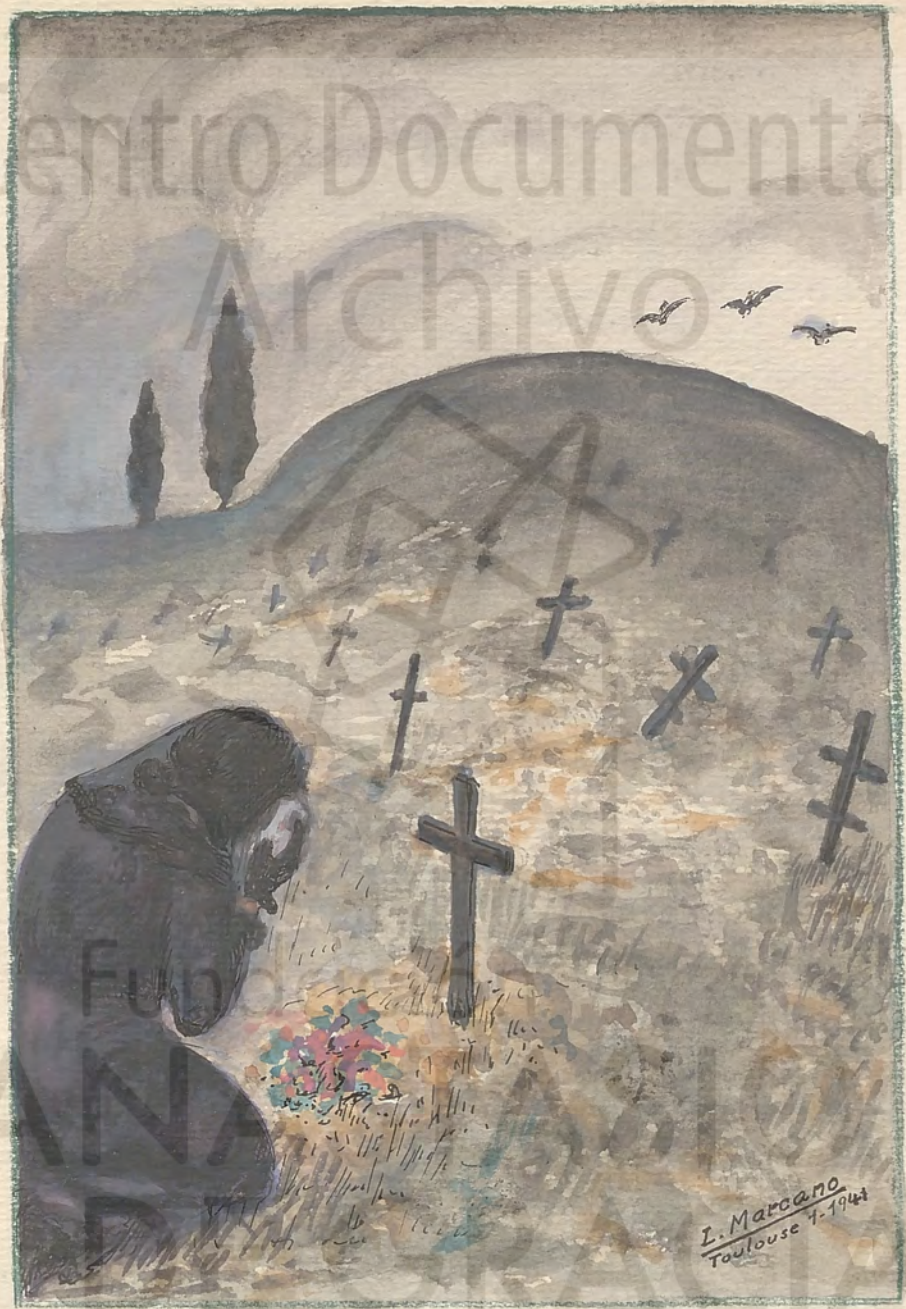
mucho con nosotros.

- ¿Y los viajeros; ¿le han olvidado.?

Viajeros; ahora no hay casi ninguno; el "asesor" pasa por aquí de vez en cuando pero no tiene tiempo de ocuparse de los muertos. Este verano ha venido una señora. Ha preguntado donde estaba enterrado el viejo jefe de posta y ha ido a ver su tumba.

¿Que señora.? pregunté con curiosidad.

Una hermosa señora, respondió el pilluelo. Bajó de una carroza de seis



Centro Documental
Archivo



Fundación
**ANASTASIO
DE GRACIA**

caballos. Venían con ella tres niños muy elegantes, una nodriza y un perito negro. La Señora lloraba y dijo a los niños: « Esperadme aquí; voy al cementerio. » He querido acompañarla, pero me ha dicho: « Conozco el camino. » y me ha dado cinco copes de plata.... ¡ Que buena Señora!....

Llegamos al cementerio, lugar triste, sin una sombra, sin tapia, y sembrado de cruces de madera. No he visto en mi vida cementerio más triste.

En un pequeño montículo,

se veía una cruz de ma-
-dera y una imagen de cobre.
El muchacho me dijo. « ¡He
visto la tumba del jefe
de posta. ¡.47.

¿ Es aquí donde ha
venido la señora.?, pregun-
-te.

Si, respondió Vanka.
Se arrodilló aquí mismo,
y estuvo arrodillada mucho
tiempo. Después ha vuelto
a la aldea, ha llamado
al pope, le ha dado dinero
y ha marchado. A mi me
ha dado cinco copers de
plata.... ¡ Que buena se-
-ñora!

- 286 -

A mi vez, le di otros
cinco copeks, y no senti, ni
el viaje ni los siete rublos
gastados.

- F. I. N. -

Baignoies de l'Arne, junio 1940.
(Normandía).

Centro Documental
Archivo



Fundación
**ANASTASIO
DE GRACIA**

Centro - Índice -

Una dama de pic..... Pags. 1.

Una señorita campesina..107..

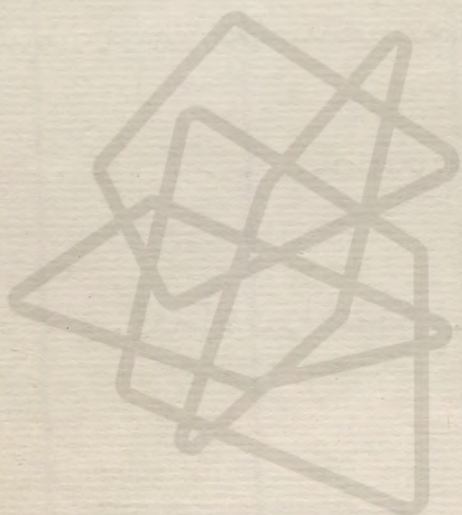
El disparo.....181.

El jefe de posta.....233.

Fundación

ANASTASIO
DE GRACIA

Centro Documental
Archivo



Fundación
**ANASTASIO
DE GRACIA**

Centro Documental
Archivo



Fundación
**ANASTASIO
DE GRACIA**

Centro Documental
Archivo



Fundación
**ANASTASIO
DE GRACIA**

Centro Documental
Archivo



Fundación
**ANASTASIO
DE GRACIA**





